

PUNTO

ROJO



BB

HOROSCOPO: MORIRÁ MAÑANA

keith luger

HORÓSCOPO: MORIRÁ MAÑANA

KEITH LUGER

HORÓSCOPO: MORIRÁ MAÑANA

1.^a EDICIÓN

JULIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPOSITO LEGAL B - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER- 1962

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962
Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

—Señor Macklin, si se mueve no podré hacer su retrato.

—Bueno, ¿por qué no descansamos un poco señorita Pitman?

—Pero si no hace ni cinco minutos que empezamos —repuso Alice Pitman, gesticulando con paleta y pincel.

Fred Macklin, millonario, cuarentón, de sienes plateadas, cubriéndose con un impecable *smoking*, se acercó a Alice Pitman esgrimiendo una persuasiva sonrisa.

—Empezaremos mañana, señorita Pitman.

—Oh, no. Sabe que tengo que hacer su retrato en una semana.

—La indemnizaré, señorita Pitman. No se preocupe.

—Pero no es cuestión de dinero, señor Macklin. Tengo otros compromisos adquiridos. Le advertí hace dos meses que debía guardar turno riguroso. Ya le tocó la vez y ahora debe estar quietecito durante el tiempo que haya de posar para mí. Recuerde que...

Alice no pudo seguir porque Fred ya había llegado junto a ella.

Sin borrar la sonrisa de la boca, el millonario le quitó el pincel y la paleta, dejándolos sobre la mesa cercana.

—Señorita Pitman..., tiene usted los ojos más maravillosamente verdes que he visto en toda mi vida... Y sus manos —al decir esto tomó la diestra de ella y la apretó suavemente—, sus manos parece que estén hechas de terciopelo.

La joven unió los labios con firmeza.

—Señor Macklin, me está resultado usted un chico díscolo.

—¿Ha contemplado el cielo, Alice?

—Sí, lo contemplé hace un rato, a mi llegada, y es como todas las noches.

—Oh, no. No es como todas las noches. El cielo de esta noche es

único, espléndido... —Fred puso la otra mano en el brazo de Alice Pitman y justo en ese instante se oyó un gruñido.

Macklin parpadeó mirando al perro que había en el diván y que hasta ahora había permanecido tendido. El can era propiedad de la señorita Pitman. Era un fox-terrier que respondía al nombre de «Red», como había tenido ocasión de saber.

«Red» se había alzado sobre sus cortas patas y gruñía enseñando los dientes.

—Es mejor que no continúe, señor Macklin —dijo Alice Pitman—. Ya ve, está provocando los celos de «Red».

Pero Fred Macklin no estaba dispuesto a renunciar fácilmente. Había estado esperando dos meses aquel momento. Desde que conoció a Alice Pitman, en una exposición de arte moderno de Nueva York, se había sentido fuertemente atraído por la artista. Primero fue su obra, aquel cuadro que no había logrado entender. Cuando conoció a la artista, llegó a la conclusión de que no le importaba en absoluto cómo pintase la señorita Pitman. Lo que le importaba era que aquella mujer tenía que ir a su casa.

Primero había intentado invitarla, pero la señorita Pitman tenía su tiempo ocupado. Una tras otra, sus invitaciones fueron rechazadas, hasta que por fin se le ocurrió la idea de que la señorita Pitman podía hacer su retrato.

—Señorita Pitman... He estado pensando mucho en usted.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué...? Pues... —Fred sé estiró el cuello de la camisa—, porque me gusta.

Alice sacudió la cabeza.

—Señor Macklin, vuelva a su sitio. Hemos de continuar.

Fred la abrazó impulsivamente por el talle y la estrechó contra sí.

—Señorita Pitman, ha logrado enloquecerme... y eso no me ocurre todos los días.

—Sí, ya lo sé. Sólo una vez cada dos años. Es el promedio de sus matrimonios desde que alcanzó la mayoría de edad... Nueve mujeres, señor Macklin. ¿Cómo le duran tan poco?

—Porque no encontré nunca una como usted —dijo él, y se agachó para besarla.

En aquel momento, el perro se puso a ladrar.

Fred Macklin, inclinado sobre la joven, volvió la cabeza.

—Calla, chucho.

La joven dijo:

—Señor Macklin, está a punto de ocurrir una catástrofe.

—Me importan un rábano todas las catástrofes del mundo en este momento, señorita Pitman. Por mí pueden tirar la bomba atómica al lado de mi casa. Puede hundirse la tierra... Seguiré estando a su lado, así, como ahora, tan juntos... Señorita Pitman, yo..., yo la adoro...

Después de aquellas palabras, Fred se puso a besar la roja boca de Alice. De pronto, el señor Macklin lanzó un terrible grito y se enderezó como accionado por resortes metálicos.

Alice retrocedió hacia el trípode donde estaba el lienzo donde pintaba.

Macklin se volvió como una centella y al hacerlo mostró que le faltaba un trozo de su pantalón.

El pedazo de tela estaba en la boca de «Red».

Fred Macklin se cubrió los cuartos traseros con las manos. El rostro lívido, los ojos desencajados, estaba dispuesto a jurar que en ningún momento de su vida le había ocurrido una cosa parecida.

La señorita Pitman recogió rápidamente sus útiles de pintar.

El señor Macklin retrocedió dejándose caer en el diván.

El fox-terrier miraba al señor Macklin con ojos que parecían decir: «Señor Macklin, usted se lo ha buscado».

Alice Pitman, de veintitrés años de edad, pelirroja, ojos verdosos rasgados, cara bella, figura esbelta, juvenil, de senos altos, cintura estrecha y piernas largas, se dirigió portando su estuche hasta la puerta y el can fue tras ella.

—Señor Macklin, si quiere que le haga su retrato me tendrá que mandar su fotografía.

—¿No sería posible...?

—No, señor Macklin. La fotografía o nada.

—Le mandaré la fotografía... Le compro el perro.

—No está en venta.

—Es una suerte para él —dijo Fred, con los dientes apretados—. Sólo quería darle un trozo de carne con cianuro. Buenas noches, señorita Pitman.

Minutos más tarde, Alice Pitman viajaba, en compañía de su

perro, en su «Chevy».

—Bueno, «Red». Te portaste la mar de bien, pero atacaste demasiado pronto. El perro la miró con un fruncimiento.

—No le dejaste ni que me besase —la joven también arrugó las cejas—. La verdad es que me habría gustado saber qué hubiera hecho el señor Macklin cuando yo le hubiese pegado el rodillazo en el estómago.

El coche agujereaba la oscuridad de la noche.

De pronto, Alice notó que el motor empezaba a ratear.

—¿Qué pasa aquí?

Los ojos de la joven se agrandaron al ver que la aguja del depósito de gasolina marcaba el cero.

—Pero si llené el tanque... —empezó a decir, pero se interrumpió. Entonces sus pupilas se empequeñecieron y su respiración se hizo entrecortada—. ¡El muy bastardo...! «Red», hemos sido objeto de un sabotaje. El señor Macklin espera que regresemos a su casa.

El perro ladró furiosamente.

—Sí, «Red». El seductor ha tendido sus redes. Estamos a sesenta millas de Nueva York y ya pudiste darte cuenta de que por aquí sólo hay casas de millonarios. Por esta época todas están vacías. Ahora comprendo muchas cosas. El señor Macklin quiso que viniese a su casa veraniega a hacerle el retrato, cuando sólo faltan tres días para Navidad... ¿Qué te parece, «Red»?

El perro contestó con un ladrido que quería decir: «Para ti, mujer, el hombre es un extraño animal, pero no para mí que lo conozco».

—Pero no volveremos, «Red». Imagino que el señor Macklin a estas horas se ha desprendido de su traje roto y nos espera en batín...

El coche perdía velocidad por momentos.

El motor petardeó durante un par de minutos y finalmente se sumió en un silencio.

El «Chevy» se deslizó por la carretera tan sólo impulsado por la fuerza que lo había llevado hasta allí.

Alice palmeó el volante, dando un suspiro.

—Tendremos que esperar a que alguien nos socorra, «Red».

La joven sacó el vehículo de la carretera, situándolo junto a unos

árboles.

La noche era fría y en el cielo tildaban estrellas.

La joven extrajo un paquete de cigarrillos de su bolso y encendió un pitillo.

Nada venía a turbar aquel silencio, ni el menor ruido de un motor.

Transcurrieron diez minutos.

—Bueno, «Red», por aquí no pasa nadie. Será mejor que cojamos nuestras cosas y que echemos a andar hacia delante. Quizá encontremos algo.

Poco después la joven se ponía en camino llevando consigo la maleta donde guardaba su ropa. En cuanto a *los* útiles de trabajo, ya mandaría más tarde por ellos.

Llevaban media hora de camino y no se habían cruzado con ningún coche.

De pronto, Alice vio una luz a la derecha.

—Bueno, «Red», creo que tenemos la suerte de nuestro lado. Eso parece una casa.

Pronto se pudo dar cuenta de que se trataba de un motel. La luz procedía de la oficina. En la plaza de estacionamiento no se veía ningún coche.

Los departamentos se extendían a la derecha de la oficina, pero todos estaban envueltos en la oscuridad.

Alice subió al porche con la valija, abrió la puerta y pasó al interior seguida del perro.

Vio ante sí un mostrador que estaba vacío. Sobre la pared había un tablero con numerosas llaves. Al fondo observó una escalera alfombrada que conducía a las habitaciones del piso superior. Al otro lado del mostrador había un hueco defendido por unas cortinas de color salmón.

—Buenas noches —dijo.

No obtuvo respuesta y se acercó al mostrador, donde había un timbre que hizo funcionar.

El timbrazo debió oírse muy lejos y «Red» se sumó a la llamada lanzando tres fuertes ladridos.

De pronto Alice oyó un crujido a sus espaldas y se volvió sobresaltada lanzando un grito.

Vio junto a la puerta a un hombre de cabello revuelto, ojos

saltones y boca torcida. Se cubría con un traje no muy limpio.

—Buenas noches —saludó Alice.

—¿Qué quiere?

—Verá, he sufrido un contratiempo. Viajaba por esta carretera y me quedé sin gasolina. Si usted fuese tan amable de venderme unos litros...

—Esto no es una estación de servicio.

—Sí, ya lo sé, pero...

—No tengo gasolina.

—Bueno —la joven sonrió—. En tal caso, no tendré más remedio que pasar aquí la noche.

—No puede quedarse. El negocio está cerrado al público. Ya acabó la temporada.

—No se preocupe por eso. No soy muy exigente. En cuanto amanezca me marcharé.

El hombre de los ojos saltones movió la cabeza en sentido negativo.

—Lo siento, pero ha de marcharse. Aquí no admitimos perros.

—¿Qué dice? Pero si «Red» da menos quehacer que un niño pequeño. No se preocupe por él. Se comportará perfectamente y además es muy limpio.

«Red» estaba mirando al hombre con una mirada que quería decir: «Me lavo más veces que tú, hermano».

Ojos Saltones se pellizcó el mentón, reflexivo.

—Está bien —dijo al fin—. Podrá pasar la noche aquí. Sólo esta noche.

—No se preocupe. Ya le he dicho que pienso marcharme a primera hora.

Alice se dirigió a la parte del mostrador donde estaba el libro del registro, pero el hombre dijo rápidamente:

—No, no hace falta que se inscriba. El dueño me tiene prohibido que acepte clientes en esta época.

—Muy bien. Como quiera. ¿Cuánto le debo?

—Son cinco dólares.

Alice sabía que aquel hombre había subido la tarifa, pero agregó dos dólares de propina.

Ojos Saltones se embolsó el dinero y se acercó al tablero, tomando una de las llaves.

—Es el departamento del final, el número doce.

—Gracias.

—No ande merodeando por ahí, señorita. Eso me recuerda que no me ha dicho su nombre. —Alice Pitman.

—Está bien, señorita Pitman. Si alguien se enterase de que está usted aquí, me expondría a perder mi empleo.

—No se preocupe por mí. No abandonaré el *bungalow*. Sólo quiero dormir.

—Cuídese también del perro. ¿No tiene cadena?

—Sí, una correa.

—Pues átelo a los pies de su cama. No me gustaría que su perro fuese husmeando por ahí.

—«Red» también está cansado. Le vendrá bien un sueño.

La joven tomó la maleta y se dirigió hacia la puerta.

Ojos Saltones se apartó a un lado para dejarle paso libre.

—Buenas noches, señor...

—Jim.

—Hasta mañana, Jim... Vamos, «Red».

La joven y el perro salieron de la oficina y se encaminaron hacia el *bungalow* que les había sido destinado.

Todo seguía envuelto en la oscuridad. Tras de ellos había un poco de luz, la que procedía de la oficina de Jim.

Alice subió al porche e introdujo la llave. Dio la vuelta al conmutador.

Se encontró en un pequeño *living* provisto de un diván y dos sillones. A la derecha había dos puertas.

Alice cerró a sus espaldas.

—Bueno, «Red». Ya lo has oído. Nada de ruidos. No tenemos que buscar ninguna complicación a ese hombre. Al fin y al cabo, se ha portado bien.

Alice examinó los dos dormitorios y decidió quedarse en el de la derecha. «Red» dormiría en el diván, que ya había ocupado.

Poco después la joven pasó al cuarto de baño, se cambió poniéndose el camisón y después de lavarse los dientes regresó al *living*.

Acarició al perro.

—Buenas noches, «Red». Otra vez tendré más cuidado en elegir mis clientes.

«Red» la miró con ojos suspicaces, pensando: «Mientras seas una mujer, el hombre te seguirá haciendo jugadas como ésta. No son tan caballeros como un perro». Poco después, la joven se cubría con el embozo hasta la barbilla.

Empezaba a adormilarse cuando despertó, alerta todos sus sentidos, escuchando un aullido infrahumano que agujereaba siniestramente el silencio de la noche.

CAPÍTULO II

Alice abrió de un tirón la puerta del dormitorio.

El aullido había cesado.

«Red» estaba de pie sobre el diván, las orejas puntiagudas.

Alice se puso un salto de cama acolchado.

Encendió la luz del *living* y se quedó junto a la puerta, escuchando.

«Red» vino junto a ella soltando un gruñido.

—¿Qué habrá sido, «Red»? Quizá le ha ocurrido algo a Jim. Es posible que necesite nuestra ayuda.

Salió al porche. Todo estaba oscuro, en silencio, y ahora tampoco había luz en la oficina.

Alice y su perro fueron acercándose a la casa de dos pisos.

Llegaron ante la puerta y Alice llamó suavemente con los nudillos.

Esperó durante un minuto y por fin puso la mano en el picaporte, pero habían cerrado con llave por dentro. Entonces llamó con más fuerza.

De repente la puerta se abrió de golpe. La joven lanzó un grito retrocediendo de un salto y el perro pegó tal brinco que saltó la baranda, yendo a parar fuera del porche.

En el hueco apareció la cara de Jim, cuyos ojos miraban malignamente.

—¿Qué pasa, señorita Pitman?

El perro lanzó dos ladridos.

—¡Mande callar a ese maldito can!

—Silencio, «Red» —dijo la joven, y tras una pausa agregó—: Verá, Jim, hemos oído un grito.

—¿Un grito?

—Sí, un aullido.

—¿Qué está diciendo?

—Estoy segura.

—No se ha producido ningún grito.

—El perro también lo oyó.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo ha dicho él...? No me diga que es un perro que habla.

—No habla, pero es un perro muy inteligente —repuso Alice, levantando la barbilla—. Más que muchas personas.

Jim se quedó mirando a la joven, caído el maxilar inferior.

—Bueno, señorita Pitman, está usted nerviosa por el accidente que ha sufrido.

—Pensé que le había ocurrido algo.

—No, a mí no me ocurre nada y le tengo que decir que estoy solo en este campamento. No hay nadie, ¿lo entiende?

—Sí, Jim.

—Ande, vuelva a su departamento o conseguirá que me arrepienta por habérselo alquilado.

La joven movió la cabeza.

—Está bien, pero juraría que... —dejó la frase sin terminar—. Buenas noches.

Bajó del porche y emprendió el camino hacia el *bungalow*.

«Red» emitió un gruñido y Alice le impuso silencio con un siseo.

Cuando estuvieron de regreso al departamento, el perro saltó al diván y Alice paseó nerviosa.

Estaba segura de que el aullido no había sido una ilusión suya. «Red» también lo había oído. De eso no tenía ninguna duda. Trató de recordar aquel grito y se detuvo sintiendo un escalofrío por la espalda, al darse cuenta de que sólo había podido ser emitido por un ser humano agonizante.

Al llegar a este punto de sus razonamientos apagó la luz y se quedó junto a la puerta.

Oyó que el perro gruñía.

—Estate quieto, «Red». Estoy segura de que ocurre algo. Esperaremos un poco...

El perro se acercó a ella frotando el cuerpo contra su pantorrilla.

—Bueno, «Red». Puede haber una razón que lo justifique todo. Quizá el que gritó fue el propio Jim... No me extrañaría nada que

fuese sonámbulo. Será mejor que nos vayamos a dormir...

De pronto oyó un crujido a lo lejos y luego un zumbido sordo. Abrió la puerta, mirando a la carretera.

Parecía..., parecía un automóvil.

Y de repente vio brillar su carrocería. Era un automóvil que avanzaba hacia la oficina con los faros apagados.

Alice entornó la puerta, sintiendo que el corazón le golpeaba dentro del pecho.

El coche se detuvo. Se produjo el chasquido de una portezuela y una forma oscura salió por el hueco. Parecía mi hombre. Entonces el vehículo retrocedió nuevamente, lo cual significaba que había otro hombre dentro, el que se encargaba del volante.

El coche describió una curva y se alejó por el mismo camino que había traído.

Alice abrió bien los ojos, tratando de fijarlos en la figura del hombre que había descendido del vehículo.

Lo vio avanzar hacia la oficina.

Se oyó el tintineo de una llave, luego el crujido de una cerradura y finalmente el hombre entró en la casa y la puerta quedó cerrada.

Alice se volvió hacia el perro.

—«Red», ¿qué significa esto?

El perro dio su respuesta rascando la puerta con la pata.

—Si vamos allí podemos ser descubiertos, «Red». ¿Y qué nos importa, después de todo? —Echó a andar hacia el dormitorio, pero se detuvo de pronto—. Ese coche, ¿por qué llevaba los faros apagados? ¿Quién será el que lanzó el grito?

De pronto sus ojos descubrieron el teléfono. Bueno, ¿por qué no lo utilizaba? Sólo tendría que llamar a *Spray City*. Estaba a unas veinte millas de allí.

Quizá cerca había un coche de la policía. Bastaría con que en la comisaría se pusiesen en contacto con el coche y en pocos minutos llegarían al motel.

Sí; era la mejor solución.

Se acercó a la mesa y atrapó el auricular, pero no recibió la señal para disar.

Golpeó tres veces la horquilla con el mismo resultado y finalmente dejó el micro en su lugar.

—«Red», esto no me gusta nada.

El perro la miraba atentamente, sentado sobre sus patas traseras, gruñendo por lo bajo.

—Quieres enterarte qué es lo que se cuece aquí, ¿verdad? —La joven respiró profundamente—. Está bien, iremos. Pero, por lo que más quieras, guarda silencio. Si nos descubren, nos podemos ver envueltos en complicaciones.

Salieron de la casa y se encaminaron nuevamente hacia la oficina.

Subieron al porche silenciosamente y se detuvieron ante la puerta.

Alice se mantuvo a la escucha durante un rato, pero del interior no llegó ningún ruido.

Hizo girar el tirador de la puerta, y pasó adentro.

—Es mejor que te quedes ahí, «Red» —dijo—. No quiero que hagas ningún ruido.

Cerró a sus espaldas.

Vio luz en la habitación que había tras de las cortinas, a la otra parte del registro. Trató de escuchar alguna conversación puesto que sabía que ahora en la casa había dos hombres, pero no oyó nada.

Se movió lentamente y pasó a la otra parte del registro.

Se arrimó a la pared y alargó la mano hacia las cortinas, abriéndolas poco a poco. Estuvo a punto de lanzar un grito al ver tendido en el suelo a un hombre, en medio de un charco de sangre.

CAPÍTULO III

Al hombre lo habían degollado y el arma estaba allí. Era una navaja barbera. Podía tener unos cuarenta y cinco años y era de tez oscura. Sus ojos abiertos estaban fijos en el techo, el pelo negro. Mostraba una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda. Se cubría con un traje oscuro, camisa blanca y corbata negra, pero ahora su camisa, la corbata y el traje estaban manchados de sangre.

Alice sintió que las piernas le flaqueaban.

Tragó saliva.

Bueno, al fin sus sospechas habían quedado confirmadas. El aullido infrahumano había sido lanzado por aquel hombre unos segundos antes de morir.

Tenía que marcharse de allí, correr, alejarse cuanto antes.

Retrocedió tan sigilosamente como había llegado hasta las cortinas. Cuando estaba cerca de la puerta, crujió uno de los peldaños de la escalera.

Permaneció quieta, sobrecogida, bajo la impresión de que unos ojos la estaban espiando desde arriba.

Esperó oír de un momento a otro la voz de aquella persona.

Pero todo siguió en silencio.

Alargó la mano poco a poco, muy lentamente, hacia la puerta.

Sí; ahora se produciría el estampido, le dispararían por la espalda.

A ella también la quitarían del medio porque casi se podía decir que había presenciado aquel crimen. Era un testigo ocular. No podían dejarla ir.

Abrió.

No ocurrió nada.

Salió al porche.

El perro soltó un gruñido.

—Calla, por lo que más quieras, «Red»...

Echó a andar hacia su *bungalow*. Esperaba que la puerta de la oficina se abriese completamente y oír la voz de Jim o la de aquel otro hombre que había llegado en el coche con los faros apagados.

Todo su cuerpo estaba tenso.

Dejó atrás un *bungalow*, otro...

Al llegar ante su puerta se detuvo un instante y volvió la cara. No; no vio a nadie a lo lejos.

—Pasa, «Red».

El perro se coló dentro y ella lo hizo a continuación. Cerró dejando escapar el aire largamente retenido en sus pulmones.

¿Qué hacía allí? Ahora debía darse mucha prisa.

Soltó un gemido para sus adentros al recordar que no tenía el coche. Tendría que huir por la carretera.

¿Por la carretera? La verían desde la oficina. Daría la vuelta a la cabaña y correría a campo traviesa.

Pero primero tenía que vestirse.

Corrió a su habitación y se despojó del salto de cama y del camisón, poniéndose sus ropas. Luego lo metió todo de cualquier forma en la valija.

«Red» estaba a sus pies mirándola atentamente cuando de pronto el perro volvió la cabeza hacia el *living*, estirando las orejas.

Alice no había oído nada, pero tuvo la seguridad de que la puerta de la cabaña se había abierto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

No le llegó ninguna respuesta.

Salió de la habitación.

No; en el *living* no había nadie.

—Rápido, «Red» —dijo.

El perro corrió tras de ella.

Abrió la puerta y de pronto lanzó un grito al ver al hombre que estaba en el hueco.

Tenía cubierto los ojos con gafas oscuras, el cabello rubio, la tez bronceada.

Y en su diestra esgrimía una navaja barbera.

Alice apostó que era la misma navaja con que el hombre de la cicatriz había sido degollado.

La joven cerró la puerta de golpe y echó la llave.

Todo eso lo hizo en una fracción de segundo.

Sintió cómo el hombre cargaba contra la puerta y luego oyó su voz.

—¡Abra, maldita sea! ¡Abra inmediatamente!

Pero ella sabía ahora para qué quería que abriese. Para degollarla.

«Red» se puso a ladrar furiosamente, aunque él podía hacer muy poca cosa con aquel hombre. Si al menos hubiese sido un perro lobo...

Dejó Alice la valija en el suelo y echó a correr llamando al perro, que fue en su seguimiento como una bala.

El hombre de las gafas oscuras estaba tratando de forzar la cerradura.

La joven entró en el dormitorio y, sin vacilar, abrió la ventana, pero el alféizar quedaba alto y su falda era demasiado estrecha. Tuvo que arrimar una silla.

Cuando cruzaba por el hueco oyó un terrible estrépito. La puerta de acceso al departamento había sido abierta por el hombre que pretendía darle alcance.

Alice saltó al exterior y echó a correr llevando tras de sus talones a «Red», que no hacía más que ladrar.

—Por lo que más quieras... ¡Calla, «Red»!

El perro guardó instantáneamente silencio.

Echaron a correr internándose en la oscuridad.

A sus espaldas oyeron la voz del hombre:

—¡Eh, Jim! ¡Ahí va! ¡Detenía! ¡Lo ha visto...! ¡Lo ha visto! ¡Hay que acabar con ella también!

Alice no podía correr mucho.

Se subió la falda.

Por fortuna estaba avanzando por un camino de grava.

Ya no volvió a oír la voz de aquel hombre.

Al cabo de diez minutos de carrera tuvo que detenerse para recuperar el resuello.

El perro danzó a su alrededor, gruñendo por lo bajo.

Asesinaron a un hombre, «Red». Hemos de avisar a la policía.

El silencio fue roto por el motor de un coche.

—¡Dios mío! ¡Son ellos...!

Así pues, el vehículo lo habían dejado en alguna parte.

Salió del camino de grava, pero resbaló porque el terraplén era muy pronunciado.

Ahogó un grito en su garganta y rodó hasta llegar abajo.

Al alzar la cabeza vio a «Red» lanzando ladridos desde lo alto.

El motor del coche se oía cada vez más cerca.

—¡«Red», baja aquí! ¡Rápido!

El perro se arrojó en sus brazos.

Dos potentes focos evolucionaron por encima de sus cabezas.

El coche pasó zumbando por el sendero de grava, pero un poco más allá, a unas treinta yardas, se detuvo con chirriar de frenos.

Alice apretó contra sí a «Red».

—No puede estar muy lejos —oyó la voz de Jim.

—¡Maldita sea...! ¡Hemos de atraparla! —dijo el hombre de las gafas oscuras.

—¡Búscala, Jim! ¡Búscala...! ¡No podemos correr ningún riesgo!

—Sí, señor...

—¡Te cortaré en pedazos si la muchacha consigue escapar!

Alice acarició la cabeza del perro.

—Hemos de marcharnos de aquí, «Red». Si no lo hacemos cuanto antes nos cogerán.

Un haz de luz iluminó una zona situada a unas veinte yardas.

Jim utilizaba una linterna sorda y ya podía estar segura de que en la otra mano tenía una pistola.

Esperó a que Jim se volviese de espalda para alumbrar a otra parte y entonces se puso en pie y echó a andar llevando en brazos a «Red», apretándole el hocico.

La hierba estaba húmeda de rocío. Sentía sus zapatos y sus medias empapados.

Cuando volvió la cabeza ya no vio a Jim. Indudablemente había cruzado para observar la otra parte del sendero de grava.

Bien; ya había pasado el peligro. Ahora todo consistía en encontrar a alguien y todo quedaría arreglado.

La policía se ocuparía de lo demás.

Había recorrido unas dos millas cuando se encontró en otra carretera.

Dio un suspiro de alivio.

—¿Cuál será la buena dirección, «Red»? ¿La derecha o la

izquierda?

No tuvo tiempo de decidirlo porque en aquel momento oyó el ronquido de un motor. Parecía ser un camión. Dejó a «Red» en tierra.

Efectivamente, aparecieron dos potentes focos por una curva. Era un camión cargado hasta lo alto, un mastodonte de la carretera.

Alice se puso en el centro de la pista haciendo señales con los brazos.

—¡Eh, pare! ¡Estoy aquí...! ¡Pare!

Alice, aterrorizada, vio que el camión seguía avanzando sobre ella a la misma velocidad.

Siete yardas. Seis. Cinco...

El camión se detuvo bruscamente con un chirrido de frenos.

El parachoques delantero se había quedado a unas cuantas pulgadas de Alice.

Se abrió la portezuela del camión.

—Eh, ¿qué hace usted ahí? ¿Es que está loca?

Alice sintió que le hervía la sangre en las venas.

—¡Iba usted dormido! ¡Debería denunciarle!

—¡Ande, y déjeme en paz!

—Tiene que llevarme.

—¿Qué?

—Ya lo ha oído. Tiene que llevarme.

—Venga acá de una vez.

Alice titubeó, pensando que si se apartaba del camino, el coche podía emprender la carrera dejándola a ella a un lado.

Pero no podía quedarse allí eternamente. Tendría que arriesgarse.

A la luz de la cabina vio la cara del hombre. Podía tener unos veintiséis o veintisiete años de edad, rubio, rostro de facciones duras, ojos verdosos, mentón firme. Se cubría con camisa a cuadros y cazadora de cuero.

—Bueno, ¿qué le pasa a usted, señorita?

—Necesito que me ayude.

—Un accidente, ¿eh?

—Algo más que eso.

—Está bien, suba.

—No estoy sola. «Red» está conmigo.

—Está bien, dígale a su tipo que puede también viajar conmigo —repuso el camionero de mala gana—. Hay justo dos plazas.

La joven se volvió hacia el lugar donde había dejado a «Red», pero no lo vio allí. —«Red»— llamó.

Como «Red» no diese señales de vida, empezó a chasquear los dedos y a silbar.

—«Red», bonito, ¿dónde estás? Ven con mamita, cariño.

Tampoco «Red» acudió a su lado.

Se volvió hacia el camionero, el cual la estaba mirando con la boca abierta y el ceño fruncido.

—¿Qué le pasa a usted?

—Nada. La contemplaba. Simplemente eso.

—Resulta que «Red» no está aquí... No lo comprendo.

—Pues lo siento por él, pero nos tenemos que marchar.

—Oh, no puede hacer eso. No podemos dejar a mi «Red» solo.

—No se preocupe. A «Red» no se lo comerá nadie.

—Es mi perro.

—Razón de más para que suba de una vez antes de que me hiele.

—No quiero dejar solo a «Red». ¿Es que no le comprende? Lo matarán.

—Por aquí no hay laceros, señorita. Esto no es la ciudad.

—No me refiero a los laceros, sino a los asesinos.

—Asesinos de perros, ¿eh? ¿Ha visto muchos por ahí?

Oiga, ¿es que me está tomando el pelo?

—¿Yo tomarle el pelo? —el conductor hizo un gesto de fastidio

—. Oiga, señorita, es lo que me faltaba a mí.

Llevo tres horas de retraso en mi rata. Por favor, ¿quiere subir o no?

Alice se mordió el labio inferior.

El camionero cerró la portezuela de un golpe.

—Está bien. Se queda ahí. Usted elige.

No, no podía quedarse a merced de aquellos hombres. «Red» se bastaría a sí mismo. Era un perro inteligente.

—Está bien —dijo.

El camionero abrió la portezuela otra vez y ella subió a lo alto preguntando:

—¿Adónde va?

—A Nueva York.

—Tendrá que detenerse en *Spray City*.

—Se queda allí, ¿eh?

—Sí, en la comisaría de policía.

El camionero ya había puesto en marcha el vehículo y miró a la joven con los ojos fruncidos.

—¿Para qué necesita a la policía?

—Se ha cometido un crimen.

—No me diga.

Alice observó al rubio. Parecía poseer una gran vitalidad. Sí, era muy fuerte, como lo acreditaban sus musculosos brazos, la firmeza de su maxilar inferior, las facciones de su cara.

—¿Ya terminó su examen? —dijo él.

—No se sulfure. Usted me examinó a mí antes.

—No es mi costumbre consentir que suba a mi cabina la primera chica que cruzo en mi camino. —Oiga, yo...

—Mi nombre es Clay Morgan y me dedico a transportar mercancías. Estoy deseando llegar a la ciudad, de modo que no me cuente nada, ¿quiere? Si me hace el relato, la policía me retendría. Yo no vi nada, ¿lo entiende? Usted estaba sola en el camino.

¿Estamos conformes?

—Sí, pero no crea que me agrada mucho su actitud.

—No le pido que le agrade. Ya le he dicho que llevo retraso. Dos pinchazos, dos. Estoy en mi día de negra suerte.

La joven se hundió en el asiento cruzando los brazos sobre el estómago, dispuesta a no despegar los labios hasta encontrarse en la comisaría de *Spray City*.

CAPÍTULO IV

Clay Morgan frenó ante la comisaría y detrás de él se detuvo una hilera de coches que pronto hicieron sonar los cláxons.

—Vamos, salte. Hay gente que se impacienta.

—Gracias por todo, señor Morgan.

—No hay por qué darlas.

La joven saltó, e inmediatamente Clay cerró la portezuela y el camión se puso en movimiento.

Alice vio cómo el vehículo se alejaba y entonces se volvió, mirando el edificio de ladrillo rojo sobre cuya puerta se leía:

«Comisaría de *Spray City*».

Pasó al interior y se encontró en una gran sala donde había muchas mesas. Sólo dos de ellas estaban ocupadas. Se dirigió a la más cercana, tras la que se encontraba un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, de cabeza semicalva, nariz un poco torcida y frente con muchas arrugas.

—Buenas noches, agente.

El hombre alzó bruscamente la mirada del informe que estaba leyendo.

—Sargento Will Shannon.

—Mi nombre es Alice Pitman, sargento. Vengo a denunciar un crimen.

El sargento Will Shannon torció la nariz.

—¿A quién ha matado? No se quede ahí. Vamos, dígalo... Su marido... Celos, ¿eh? —No, sargento. Corre demasiado. Yo no tengo nada que ver con el crimen, quiero decir que no lo maté.

—¿A quién?

—No lo sé.

—No conoce a la víctima, ¿eh?

—No, sargento.

—Muy bien. Dígame quién es el asesino.

—También lo ignoro.

El sargento Shannon cerró un ojo.

—Ya la entiendo, señorita Pitman. No sabe quién es la víctima, no conoce al asesino e imagino que tampoco sabe en qué lugar ocurrió el hecho. Estupendo, todo eso es estupendo. Ahora yo le voy a dar un consejo. Váyase a casa, tómese un par de pastillas somníferas y duerma hasta mañana. Verá cómo se encuentra mejor cuando despierte. —Sargento— repuso la joven, levantando la barbilla —le aseguro que se ha cometido un asesinato, y le garantizo que no he bebido una gota de licor.

El sargento se quedó con la boca abierta.

—¿Dónde se ha cometido ese asesinato?

—En un motel, a unas veinte millas de esta ciudad, en el camino de Newport: —¿Cómo se llama el motel?— el sargento dejó correr unos segundos sin recibir una respuesta. —Oh, sí, tampoco lo sabe.

—Le estoy diciendo la verdad, sargento.

El otro hombre que había en la sala habló desde su mesa:

Se debe estar refiriendo al motel de Judy Austin. Es el único que hay a veinte millas en el camino a Newport.

—Ya lo sabía, agente Lang —respondió Shannon con un gesto malhumorado.

Alice se apoyó en la mesa.

—Si no se da prisa, el criminal huirá...

—Espere, señorita Pitman. Supongo que me permitirá hacer una comprobación.

—¿A qué comprobación se refiere?

—Voy a hacer una llamada al motel de Judy.

—Pierde su tiempo. La línea no funciona. Se ve que cortaron el cable antes de degollar a aquel hombre.

—Degollado, ¿eh?

—Sí, con una navaja barbera.

El agente Lang dejó oír una risita.

—Siempre he dicho que hay que tener cuidado con el afeitado —dejó de reír cuando el sargento Shannon le fulminó con la

mirada.

—Por favor, señorita Pitman —dijo Will—. ¿Quiere sentarse?

—Está bien. Si quiere perder tiempo es cuestión suya, pero no diga que yo...

Se interrumpió al ver que el sargento le enseñaba los dientes y ocupó la silla que había tras ella.

Shannon terminó de marcar el número.

—¿Señora Austin? Aquí el sargento Will Shannon... Perfectamente, señora Austin. Al parecer es usted la que se encuentra en dificultades... —El sargento carraspeó mirando a la señorita Pitman—. ¿No...? ¿No ha ocurrido ningún incidente, señora Austin? De modo que todo marcha bien. Bueno, señora Austin. Muchas gracias. El sargento colgó el auricular y se quedó mirando a la joven, la cual tenía los ojos muy agrandados.

Alice señaló el teléfono.

—¿Qué es lo que le ha dicho?

—Oiga, señorita Pitman. En el motel de Judy Austin no ha ocurrido nada, no ha habido ningún muerto, nadie ha sido degollado.

—Entonces, usted no ha llamado al motel donde yo estuve.

—Usted acaba de decir hace un momento que el motel se encuentra a veinte millas de nuestra ciudad en el camino de Newport.

—Sí, pero debe ser otro motel muy cercano al de la señora Austin.

El sargento se puso en pie.

—Venga aquí.

Alice siguió al policía hasta la pared en donde había extendido un mapa del estado de Nueva York.

—Mire, señorita Pitman. Esto es *Spray City* —el sargento señaló el lugar donde se encontraban y luego deslizó el dedo—. Ésta es la carretera que conduce a Newport. ¿La reconoce como la que Utilizó para llegar a esta comisaría?

—Sí.

—En este lugar, justo a una milla, se encuentra el motel. ¿Conforme, también?

—Conforme, sargento.

No existe otro motel hasta más allá de Baytona, que está a

cincuenta y cinco millas.

—No puede ser.

—Por favor, sargento, ¿conoce a Alfred Macklin?

—¿Cómo no voy a conocer a un millonario de la zona de mi jurisdicción?

—¿Sabría señalarme su casa en el mapa?

—Está justamente cuatro millas más allá del motel de Judy Austin.

La joven respiró profundamente.

—Sargento, le han engañado. Le aseguro que es en el motel de Judy donde se cometió el crimen. Han degollado a un hombre. Y entérese de otra cosa, sargento. Allí no había ninguna mujer. Cuando yo llegué, en el campamento sólo había un hombre, un tal Jim.

El sargento bajó la mirada al suelo y así permaneció un rato.

—Oiga, señorita Pitman, tengo mucho trabajo, ¿sabe?

¿Por qué no se porta como una buena chica y se va a casa?

—No me iré a mi casa hasta que usted cumpla con su deber, sargento, y su deber consiste en atrapar a los criminales, si es que se encuentran todavía en el motel de Judy Austin.

—Ya he llamado por teléfono.

—Y yo le repito que le han engañado, sargento. Se lo puedo jurar.

—Óigame, señorita Pitman. ¿Quién es usted? No la conozco. Nunca la he visto antes de ahora.

—Fui esta noche a casa del señor Macklin para hacer su retrato. Soy pintora profesional. Tuve que marcharme de la casa del señor Macklin... y, bueno, me di cuenta de que el tanque de la gasolina estaba vacío.

A continuación hizo un relato de lo que le había acontecido en el motel.

El sargento Shannon y el agente Lang escucharon atentamente, y cuando la joven hubo concluido, intercambiaron miradas.

El sargento se rascó detrás de una oreja.

—Está bien, señorita Pitman. Voy a hacer algo más por usted. Llamaré a casa del señor Macklin.

—Llámelo.

—Sólo pretendo ahora verificar su identidad, aunque he de

decirle algo. Me extraña mucho que el señor Macklin se encuentre en esta época en su casa. Nunca viene por Navidad.

—Esta vez vino.

—Lo sabremos enseguida.

El sargento Shannon descolgó otra vez el auricular. Después de marcar el número quedó a la espera.

—Ya van seis llamadas, señorita Pitman, y no necesito decirle que he marcado el número del señor Macklin. ¿Quiere que espere más? Ocho llamadas. Nueve... —Shannon colgó; sin esperar una respuesta de la joven—. ¿Qué dice ahora, señorita? Y eso me recuerda que todavía no sé si usted realmente es Alice Pitman. ¿Dónde está su documentación?

—En mi bolso.

—No le veo ningún bolso.

Lo dejó en el *bungalow* cuando huyó de aquel hombre que me quería matar. Yo no sabía qué me iba a encontrar con un sargento tan escéptico como usted, señor Shannon.

El sargento se mesó el poco cabello que le quedaba.

—Espere un momento, ¿quiere, señorita Pitman?

—¿A qué tengo que esperar?

—He de dar unas órdenes.

El sargento se dirigió rápidamente hacia la mesa donde se encontraba Lang y se agachó sobre él.

—Oiga, Lang, ¿qué le parece?

—Lo mismo que a usted. Debe haberse escapado de un manicomio.

—Haga una llamada a los sanatorios mentales más próximos.

—Hay media docena, sargento.

—Maldita sea, deje su problema de palabras cruzadas y haga esas llamadas. Mientras tanto, entretendré a esa muchacha. Tenemos que saber de qué celda se ha escapado. ¡Es una orden!

—Sí, sargento —dijo Lang, haciendo una mueca, y alargó la mano hacia el teléfono.

—Por lo que más quiera, no lo haga aquí. —Shannon apretó los dientes, dejando escapar las palabras por entre ellos—. Vaya al despacho del teniente.

—Sí, sargento.

—¡Y dese prisa!

El agente desapareció en el despacho y el sargento iluminó su rostro con una sonrisa mientras se acercaba a la joven.

—Siéntese, por favor, señorita Pitman.

La joven buscó la silla con prevención ante el cambio brusco de actitud que se había operado en el sargento. Éste ocupó su lugar tras la mesa y dijo:

—Tiene usted razón, señorita Pitman. No sé dónde vamos a parar con tanto muerto que se dejan por ahí. Un degollado por aquí, un estrangulado por allá...

La joven arrugó el entrecejo.

—¿De qué habla, sargento?

—Pero nunca degüellan al que deben. Si usted viera la clase de teniente que tenemos...

La joven se levantó de un salto.

—Ya entiendo. Me ha tomado por loca.

—¿Qué? —dijo el sargento, quedándose de muestra.

—Sí, sargento. Lo he adivinado. Y ya sé lo que está haciendo el agente que se ha metido en el despacho...

En aquel momento se abrió la puerta de la calle y aparecieron varias personas gritando.

—¡Ha sido él! Toda la culpa es suya... No iba por su derecha.

—Tome nota, sargento. Tome nota. Que no se le olvide una palabra. ¿Quién se cree que es ese tipo? A todos los camioneros les pasa lo mismo. Se creen los dueños de la carretera, y cuando te descuidas, ¡zas!, te han aplastado como una cucaracha... Eso es lo que somos para ellos. ¡Cucarachas!

—¿Quieren guardar silencio, amigos? —intervino el agente que acompañaba a los dos airados ciudadanos.

Alice había vuelto la cabeza al reconocer en la voz del primer hombre que había hablado, a Clay Morgan.

CAPÍTULO V

Durante los siguientes cinco minutos, la comisaría se convirtió en un infierno. Clay Morgan y el otro tipo que resultó llamarse Charlie Yates se enredaron en palabras, acusándose mutuamente del accidente que había tenido lugar a la salida del pueblo. El camión de Morgan y el coche de Yates habían entrado en colisión. Los dos vehículos habían resultado seriamente afectados.

—¿Qué le parece, sargento? —decía Clay Morgan a Shannon—. Ahora tengo el camión parado, ¿lo entiende? Parado. Y dentro de una hora tenía que estar con esa mercancía en Nueva York. Y todo porque se me cruzó en el camino un tipo que no sabe dónde tiene la mano derecha.

Charlie Yates, pequeño, impulsivo, saltó:

—Usted es el único culpable del choque, ¿lo entiende? ¡Usted!

Shannon elevó la mirada al cielo.

—Sólo me faltaba esto... —Hinchó los pulmones de aire—. ¿Quieren callarse de una vez los dos? Si no se ponen de acuerdo inmediatamente, citaremos a ambos ante el Juzgado y será Su Señoría quien falle el caso.

—¿Yo ponerme de acuerdo con este tipo? —repuso Charlie Yates cruzando los brazos—. Quiero ventilármelas con él en un juicio.

—Está bien, señor Yates, como usted quiera. Agente, llévelos al Juzgado.

Clay Morgan miró con exasperación a Alice Pitman.

—Bueno, ¿está contenta ahora?

—¿Yo? ¿De qué?

—Usted me demoró. Decidí seguir por una ruta distinta para acortar camino.

—Tómeselo con paciencia, señor Morgan.

—¿Paciencia?

—Es lo que me han recomendado a mí.

El sargento señaló a la joven.

—¿Conoce a esta mujer, señor Morgan?

—Sí. Fui yo quien la traje.

—Estupendo, señor Morgan. Hábleme de ese crimen.

—¿Qué crimen?

—Del degollado.

—Oiga, sargento, yo no he visto nada, de modo que no me líe...

Alice intervino:

—El señor Morgan tiene razón, sargento. El no vio al hombre de la navaja barbera. —Lo suponía, señorita Pitman— repuso el sargento, enseñando los dientes. —Y ahora, dígame, señor Morgan, ¿dónde recogió a esta mujer?

—En la carretera.

—¿Justo al lado del motel de Judy Austin?

—No, señor. La recogí en el camino antiguo que bordea el motel.

Alice Pitman se puso en pie.

Oiga, sargento, ya le he contado la historia y este hombre no puede agregarle nada.

Shannon sacudió la cabeza.

—Agente Bannister, acompañe a estos dos hombres al Juzgado.

El agente Bannister tomó por un brazo a Yates y a Clay, que habían empezado de nuevo a insultarse, y se los llevó por una puerta.

El agente Lang salió del despacho del teniente haciendo extraños visajes a Shannon.

El sargento enarcó las cejas tratando de comprender.

Alice Pitman cruzó los brazos.

—Bueno, agente, dígame lo que quiera al sargento y no se preocupe por mi presencia.

Mis castos oídos están acostumbrados a toda clase de conversaciones.

El sargento Shannon recorrió la distancia que le separaba de su subordinado.

—¿Qué pasa, Lang?

—No se ha escapado ningún loco. Todos están en sus celdas.

—El psiquiatra de la policía tiene razón. Hay mucha más gente fuera de los establecimientos que dentro. El doctor se alegraría mucho de conocer a la señorita Pitman. Le ayudaría a verificar su teoría.

—¿Qué va a hacer con la muchacha?

—¿Qué puedo hacer, sino soltarla?

Shannon regresó junto a la joven.

—Señorita Pitman —el sargento carraspeó fuertemente—. Queda usted libre.

—¿Qué dice, sargento?

—Ya lo ha oído. No la puedo retener, aunque es otro mi deseo.

—Pero ¿de qué está hablando, sargento? ¿Es que no va a ir al motel de la señora Austin?

—No, señorita Pitman, no voy a ir. Y no me vuelva a repetir todo eso de que allí hay un hombre degollado y un tipo con gafas oscuras que maneja la navaja barbera como si fuese un mondadientes... He hecho las comprobaciones que han estado a mi alcance y ninguno de los informes que he recibido sirven para sostener su acusación. ¿Lo oye? Debe tener más respeto por la policía, señorita Pitman. Hay gente que hace apuestas para embromarnos, y si usted no está chiflada, apuesto a que se trata de eso. Se ha reunido con sus amigos y usted los ha desafiado a qué es capaz de poner en movimiento el departamento policíaco de una ciudad. Pero a mí no me la pega nadie, señorita Pitman. Por tratarse de una desconocida, puede salir usted de aquí sin ningún cargo. Pero no lo repita, señorita Pitman. No, no lo repita o le juro que irá a parar adonde debe. ¡A una mazmorra!

La señorita Pitman se había puesto roja. Era tal su indignación que las palabras se le atropellaron en la boca.

Finalmente, exasperada, dio media vuelta y echó a andar hacia la calle.

Al llegar a la puerta, giró bruscamente.

—Sargento, le felicito.

—Gracias —respondió Shannon, con una sonrisa y una reverencia.

—Es usted el policía más bruto que he encontrado en mi vida.

La sonrisa desapareció de la cara del sargento Shannon mientras la joven salía de la comisaría.

Minutos después, Alice se introducía en el primer bar que encontraba en la calle. Toda su fortuna consistía en dos billetes de a dólar que había encontrado en el bolsillo de su chaqueta sastre.

El local estaba muy animado. Dos parejas danzaban frenéticamente un *twist* que escupía una máquina automática.

Alice ocupó una mesa junto a la pared y pidió un martini al camarero.

Bueno, ¿qué hacía ahora?

Estaba segura de que en aquel motel se había cometido un crimen. Había visto a la víctima con sus propios ojos. Ella misma había podido ser liquidada por el tipo de las gafas oscuras. Tuvo que huir y, por fortuna, le acompañó la suerte. Pero «Red» se había quedado allí, además de su valija. Y hasta su propio coche se encontraba muy cerca del motel, varado a una orilla de la carretera.

No; no podía regresar a Nueva York dejando su equipaje, el coche y a «Red». Tenía que volver al motel. Pero ¿cómo podía hacerlo sola? Naturalmente, la estarían esperando. ¡Y qué gran recibimiento le iban a hacer!

Es posible que le tuviesen destinada una fosa, porque el degollado ya debía descansar bajo unos cuantos palmos de tierra.

De pronto, recordó a Lee Sam. ¿Cómo no había pensado en él antes? Lee era un periodista del *Star*, un muchacho ambicioso. Estaba segura de que a Lee le iba a gustar mucho hacer un reportaje sobre lo ocurrido en el motel de Judy Austin.

Se introdujo en la cabina telefónica y un jefe de Redacción contestó. Luego oyó la voz de su amigo:

—Hola, Alice. ¿Qué es de tu vida?

—Oye, Lee, tengo que hablar muy seriamente contigo.

—Yo también, querida... ¿Quieres casarte conmigo?

—Déjate de gansadas ahora, Lee.

—Pero si no son gansadas, Alice. Nunca he hablado más en serio. Hace dos semanas que no te veo, ¿y sabes lo que he hecho en todo ese tiempo? Sólo pensar en ti.

—Lee, por favor, ¿quieres callar un momento?

—Está bien, preciosa. Te escucho.

—Lee, he visto cómo mataban a un hombre.

—¿Cómo?

—Lo han degollado con una navaja barbera.

—Pero, Alice, esas cosas se avisan... Pudiste haberme invitado. Llevo metido once años en asuntos de crímenes y salvo un par de ejecuciones en la silla eléctrica, no he visto otras muertes.

—Oye, Lee, no me han creído... La policía me ha tomado por chiflada.

—¿Quieres contármelo desde el principio?

—Sí, Lee.

Alice se lo contó todo, incluyendo lo de Macklin.

Cuando hubo terminado agregó:

—Lee, date mucha prisa, estoy en el bar Dakota, calle Mayor de *Spray City*. Puedes estar aquí antes de una hora, ¿verdad?

—Sí, querida.

Oh, Lee, no sabes lo que te necesito.

Oyó que colgaban a la otra parte y ella lo hizo también.

Regresó a la mesa y empezó a beber su combinado a pequeñas dosis. Bueno; ya estaba todo arreglado. Lee Sam se ocuparía de aquellos asesinos y llevarían su merecido. Ella recuperaría a «Red» junto con todo lo demás, y aquella misma noche regresaría a su apartamento en Nueva York y dormiría satisfecha.

Llevaba esperando media hora cuando el camarero se le acercó.

—¿Es usted Alice Pitman?

—Sí.

—La llaman por teléfono.

La joven corrió a la cabina y atrapó el auricular.

—¿Sí?

—Hola, pequeña, soy yo.

—Lee, pero ¿qué haces ahí? Creí que estarías llegando...

El periodista carraspeó.

—Bueno, Alice, he estado haciendo unas cuantas llamadas.

—¿Qué?

—Puse una conferencia al motel donde..., bueno, hallaste a aquel hombre degollado.

—¿Y qué?

—Verás, Alice, tú dijiste que el motel estaba cerrado.

—Sí.

—Está abierto. Hay tres o cuatro *bungalow* ocupados. Uno de ellos lo fue por ti misma.

La señora Austin me lo ha contado todo.

—¿Qué es lo que te ha contado la señora Austin?

—Un borracho se introdujo en tu departamento. No has debido tomarlo así, Alice. Por fortuna no ocurrió nada gracias a los gritos que pegaste. Uno de los empleados de la señora Austin sacó al borracho de tu *bungalow*... Estabas un poco impresionada, pero ya pasó todo, nena. No tienes por qué preocuparte. Yo te diré lo que vas a hacer. Monta en el primer coche que salga de *Spray City* y vuelve a tu apartamento. Iré a verte mañana por la mañana.

—Pero, Lee...

—Oye, Alice. Poco después de tu llamada hemos recibido una importante noticia. El avión en que viajaba el más temible *gángster* de América, Luke Radford, se ha estrellado cerca de Los Angeles... La Redacción en pleno estamos trabajando el caso. Vamos a lanzar una edición extraordinaria. ¿Lo comprendes...? Me gustaría mucho ir a *Spray City* para recogerte y llevarte a casa, pero ya sabes cómo son estas cosas.

—Eres muy amable, Lee Sam, pero óyeme esto: ¡no quiero verte más en todo el resto de mi vida!

—¡Alice!

Colgó bruscamente y salió a paso de carga de la cabina, encaminándose a su mesa.

Bebió de un trago lo que le quedaba en la copa.

¿Cómo se le había ocurrido llamar a aquel estúpido de Lee Sam...? Ahora estaba satisfecha de haberle dado calabazas las dos veces que se le había declarado. ¿Cómo iba a casarse con un tipo como él...? Sólo se le había ocurrido llamar a la policía y al propio motel. ¿Qué esperaba que le dijese aquella tal señora Austin? ¿Acaso que tenía el muerto a su disposición?

Pero ella no había conocido a ninguna señora Austin. Cuando llegó al motel solo estaba allí Jim para recibirla.

Vio cruzar por frente a ella una figura conocida. Era el camionero Clay Morgan.

Él no se fijó en ella. Llevaba un aire muy contrariado y siguió Sacia el extremo del local, donde ocupó una mesa.

Alice apartó de él la mirada y se entretuvo en pensar en el hombre asesinado.

De pronto, una idea cruzó por su mente. Miró otra vez a Clay Morgan. Sí, era fuerte, respiraba virilidad por todos sus poros,

poseía brazos musculosos...

—¿Por qué no...?

Se puso en pie tironeando de la falda a la altura de las caderas y echó a andar hacia la mesa donde se encontraba Clay Morgan dando cuenta de un *whisky*.

—Hola —dijo él, mirándola con el ceño fruncido—. Si viene a preguntarme por el resultado del juicio, le diré que todo salió mal.

—Cuánto lo lamento...

—No me diga.

—¿Puedo sentarme?

—Hágalo si gusta.

—Le creí ya de regreso a Nueva York —dijo ella, ocupando la silla.

—No puedo marcharme. Estoy anclado aquí.

—¿Por qué?

—El motor del camión sufrió una seria avería. Hay que sustituir algunas piezas y no lo tendrán listo antes de las ocho de la mañana.

—Entonces, tiene que pasar la noche en *Spray City*.

—Qué remedio me queda —repuso él, después de beber el *whisky* del vaso, hizo una señal al mozo para que le sirviese otro.

Tras una pausa, agregó:

—Desde que me encontré con usted me ha traído la negra, señorita Pitman. El juez le ha dado la razón al señor Yates. He tenido que pagar cien dólares de multa y la reparación me costará otros doscientos.

—Me gustaría compensarle —dijo ella, mientras se ahuecaba el cabello.

—Olvídelo. No he dicho que usted fuese la causante. Sólo el motivo indirecto.

—No me refería a una compensación económica.

—¿Qué dice? —preguntó él mirándola con interés.

Alice alzó la cara, los rojos labios entreabiertos. Era una pose que había visto hacer a Tina, una de sus modelos, especialista en atontar a hombres de negocios importantes.

Clay Morgan sonrió por primera vez, desde que ella lo había visto.

—Bueno, eso no está nada mal —se puso en pie y dejó dos dólares sobre la mesa—. Vamos, nena.

Alice corrió tras él y al pasar junto a su mesa dejó un dólar para pagar su consumición.

Ya en la calle, Clay la tomó por el brazo.

—¿Te has hospedado en algún sitio, Alice?

—No, todavía no.

Está bien. Yo ya lo hice. Es el Oriental.

Fue a echar a andar, pero ella le detuvo.

—Oh, Clay, no me gustaría aquí...

—No me irás a decir que quieres ir a Nueva York. He de permanecer en *Spray City* hasta que el camión quede arreglado.

—Tomemos un taxi y vayamos al motel de Judy Austin.

—¿Al motel de Judy Austin...? Ya entiendo. Ése es el lugar donde dices que se cometió un crimen.

—No es por eso, Clay. Empiezo a admitir que estaba equivocada... Sólo vi la sombra tras de la ventana de un hombre que caía, ¿lo entiendes?

—Ahora comprendo por qué la policía no te ha hecho caso. Viste eso por la ventana y te hizo creer que lo habían matado.

—Sí, Clay, pero al escapar de allí me dejé el equipaje, y unas cuantas millas más arriba está mi coche, con el tanque vacío. Nos llevaremos un bidón de gasolina y así despediremos al taxi.

Clay se rascó la mejilla sopesando la propuesta.

—Está bien, muchacha. Iremos allí.

Cuando minutos más tarde los dos jóvenes viajaban en el taxi que les conducía al motel, Alice sentía, un extraño cosquilleo en el estómago.

¿Qué iba a ocurrir en el motel donde se había cometido un crimen...?

CAPÍTULO VI

Pasaron muy rápidamente por frente al motel, pero no tanto como para que Alice no pudiese ver el enorme cartel en que, con luces de neón, se anunciaba el negocio de Judy Austin. La oficina también estaba iluminada, así como la parte de la izquierda, donde debía estar el bar. ¡Y en la plaza de estacionamiento había unos cuantos coches! Alice se apoyó en el respaldo.

—Dios mío.

—¿Qué te pasa? —Oyó a Clay Morgan.

—Nada.

—Eres una chica rara. Sí, señor, cada vez lo encuentro más extraño todo.

Minutos más tarde, llegaban al lugar donde Alice había dejado el coche. Sí; allí estaba su «Chevy».

Clay Morgan descendió con el bidón de gasolina que habían adquirido en *Spray City*.

De pronto ella vio cómo dejaba caer la lata en el suelo.

—Conque te habías quedado sin nafta, ¿eh?

—¿Qué ocurre, Clay?

—¿Qué clase de broma es ésta, nena? La aguja del indicador de la gasolina señala los veinte litros.

—¿Qué?

—Míralo con tus propios ojos.

Alice hizo la comprobación y al ver que Morgan no se equivocaba sintió un escalofrío en la espalda.

Sin hacer otro comentario, Morgan se acercó al conductor del taxi y le abonó la carrera.

Cuando el taxi se hubo perdido a lo lejos. Clay dejó la lata de la gasolina en el portaequipajes y se sentó junto a la joven en el

asiento delantero.

—¿Qué tienes que decirme, Alice?

—Todavía nada.

—No, ¿eh? Bueno, ¿adónde vamos?

—Al motel, naturalmente.

—¿Sabes una cosa?... Estoy arrepentido por haber dado mi conformidad.

La joven puso en marcha el vehículo.

No hablaron nada durante el camino al motel.

Alice detuvo el coche en la plaza de estacionamiento, donde había tres vehículos.

Otra vez observó el cartel anunciador, la oficina, el bar...

Sí; desde luego, ella estaba segura de que aquél era el motel donde había conocido a Jim.

Estuvo a punto de gritar cuando sintió que una mano la tomaba por el brazo.

Alzó los ojos y vio la cara sonriente de Clay Morgan.

—Bueno, nena, ya estamos en tu guarida. ¿Cuál es el *bungalow*?

—El doce, pero antes tendremos que pasar por la oficina. Perdí las llaves, ¿sabes?... Me tendrán que dar un duplicado.

No había perdido la llave. La había dejado puesta por dentro, pero ella quería ver otra vez la oficina donde había sido degollado el desconocido.

Cuando entraron en la casa de dos pisos, una mujer de cabello rubio, bonita, le dirigió una sonrisa.

—Me alegro de verla de nuevo, señorita Pitman.

La joven quedó inmóvil. Era la primera vez que veía a aquella mujer.

—Lamento mucho que el borracho le diese aquel susto, señorita Pitman. Sinceramente, hacemos todo lo posible porque esas cosas no ocurran, pero ya sabe, a veces una no puede evitarlo.

Alice se dijo que nada conseguiría pretendiendo demostrar a Clay que no conocía a la rubia. Habían montado una comedia. Judy Austin estaba representando un buen papel.

—Comprendo, señora Austin —murmuró—. ¿Me dará mi llave? La dejé olvidada cuando me marché... después del ataque del borracho.

—Me hice cargo de ella —dijo la señora Austin, sin perder la

sonrisa.

Tomó del tablero la llave número doce, que alargó a la joven mientras observaba a Clay Morgan.

—Mi hermano Clay, señora Austin —dijo Alice.

—Celebro conocerle.

Clay no decía nada, pero se le había hinchado la venilla de la sien izquierda. Alice le tomó del brazo.

—Vamos, Clay. Tengo ganas de descansar. Buenas noches, señora Austin.

—Hasta mañana. Si necesitan alguna cosa, ya saben que estamos a su disposición.

Alice le dio las gracias y salió de la oficina arrastrando a Clay.

—Eh, chica —empezó a decir él cuando salieron de la oficina.

—Por favor, Clay, no digas ahora nada, ya te explicaré.

Mientras caminaban hacia el *bungalow* Clay rezongó:

—Debí imaginarme que esto era una encerrona.

Alice abrió la puerta del *bungalow* y dio la vuelta al conmutador de la luz.

Todo estaba en orden.

Fue a su dormitorio y encontró su valija junto a la puerta. Abrió un armario y vio su camión y su batín en la percha. Ella no lo había dejado así. Lo recordaba perfectamente.

Oyó la voz de Clay Morgan.

—Bueno, ¿cuándo me vas a contar la historia? ¿O es que encontraste otro muerto en el armario?

Ella salió al *living* apretando los labios.

—Espero que tampoco tú me creas, pero correré el riesgo de que me tomes también por loca.

—Adelante.

Alice hizo una vez más el relato de su aventura y, cuando terminó, cruzó los brazos observando atentamente el rostro de Clay. El camionero se frotaba la cabeza.

—Bueno, ¿qué dices, Clay? —instó ella.

—No creo que estés loca.

—Gracias... —empezó a decir ella.

—Eh, no corras tanto. No he dicho que tengas razón. No estás chiflada, pero tampoco te creo una palabra. Sólo posees una imaginación fabulosa.

—¿Qué?

—He conocido a otras chicas como tú y hasta he leído artículos sobre ellas.

—¿De veras?

—No creas que lo decía un cualquiera. Los doctores se han ocupado de eso.

—Eres muy gracioso. Has dicho que no estoy chiflada, pero enseguida lo has echado a perder. Sí; también crees que estoy para que me pongan una camisa de fuerza.

—Oye, me has contado una bonita historia para colocar en la TV... Mientras no me presentes una prueba que sirva para demostrar que no has fantaseado... Anda, demuéstremelo.

La joven fue a responder, pero se quedó con la boca abierta.

Clay sacudió la cabeza.

—Tú misma reconoces que no tienes ninguna prueba, ¿verdad? Llegaste aquí con un perro. ¿Dónde está el perro? Viste un cadáver en la oficina. ¿Dónde está el cadáver? Aquí no había nadie y en la plaza de estacionamiento he visto unos cuantos coches. Ese Jim de los ojos saltones, que has presentado como un personaje de las películas macabras de Hollywood, se ha esfumado... ¿Y qué me dices del tipo de las gafas oscuras, el de la navaja barbera?

—¿Qué querías? ¿Qué nos hubiese estado esperando con la navaja para recortarte las patillas?

—No. No esperaba tal cosa. No te pongas nerviosa.

—No me pongo nerviosa.

La joven paseó de un lado a otro como un animal enjaulado.

Clay sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Te voy a dar un consejo, monada.

—¿Cuál?

—Marchémonos de aquí. Tenemos tu coche. Podemos pasar la noche en la ciudad...

—No haré tal cosa.

—¿Por qué no?

Extendió el brazo señalando hacia la puerta.

—¿No viste a la rubia?

—La vi y la oí. Dijo que habías sido atacada por un borracho.

—Es la historia que han colocado a todo el mundo. Te repito que todo lo que he contado es la verdad. Asesinaron a un hombre, y

teniendo en cuenta las circunstancias que concurrieron en esa muerte, te puedo asegurar que fue un crimen premeditado. Sí, Clay, lo habían preparado todo para liquidar a ese hombre. Por eso estaba todo cerrado. Pero hasta en los planos mejor proyectados existe siempre un fallo. Y yo fui el fallo.

—Qué modesta eres.

—Pero ¿es que no te das cuenta, Clay? Yo no vine aquí expresamente. Fue la casualidad... Gracias a que el señor Macklin me dejó sin gasolina —la joven se interrumpió.

—Continúa —sonrió él—. El señor Macklin te dejó sin gasolina, aunque yo he visto que quedaban veinte litros en el depósito.

La joven se mordió el labio inferior.

—Comprendo que me creas loca. Has comprobado que el tanque de mi coche tenía veinte litros. ¡Pero ellos se aprovecharon de mi ausencia para llenarlo!

—Siempre hay una explicación para todo. —Clay se puso en pie, dando un suspiro—. Lo siento, nena, pero yo me marchó.

—¿Cómo?

—No voy a pasar la noche aquí, oyéndote repetir una y otra vez algo que solamente ha existido en tu mente.

—Tienes que quedarte, Clay.

—Tengo sueño, ¿lo entiendes? Soy un profesional de la carretera y durante los dos próximos días no podré dormir porque habré de recuperar el tiempo que he perdido en este viaje.

—Espera un momento.

—¿A qué tengo que esperar?

—Vayamos al bar, quizá esté allí Jim o el hombre de las gafas oscuras. Naturalmente, ellos no van a confesar. Pero el simple hecho de verlos te hará cambiar de idea con respecto a mi historia.

Clay titubeó unos instantes, rascándose una oreja.

—Está bien —dijo al fin.

Salieron del *bungalow* encaminándose al bar.

El mostrador estaba atendido por un hombre de unos cuarenta años, de cabeza calva y nariz chata. En una mesa había una hermosa mujer de unos treinta años y un hombre alto, de cabello rojizo y nariz pecosa. Más al fondo, en otra mesa, un tipo de cejas espesas y cabello casposo.

Alice observó a los hombres. No; ninguno de ellos era Jim y

tampoco estaba allí el hombre de la navaja barbera.

Ocuparon una mesa junto al ventanal que enfrentaba con el aparcamiento.

Clay hizo una señal al hombre de la barra para que sirviese dos *whiskys*.

Una radio de transistores esparcía las notas suaves de un ritmo afrocubano.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó Clay.

—Ninguno de ellos está aquí.

—Lo suponía.

—¿No es eso una prueba? Han desaparecido.

—Sí, deben de estar muy lejos.

—No seas irónico.

Callaron porque el hombre de la cabeza calva llegó con los dos *whiskys*.

Los jóvenes bebieron en silencio.

—Sigues pensando en marcharte —dijo ella.

—Tengo unas cuantas razones. Ya te las expliqué. Y tú también te debes marchar.

—Yo me quedo.

—¿Por qué eres tan terca?

—Eso resulta muy gracioso. Soy yo quien tiene la razón y todos los demás quienes están equivocados, pero es igual. Anda, márchate.

—Te acompañaré al *bungalow*.

—No hace falta que lo hagas. Recuerda que ya perdiste demasiado tiempo.

—Tendré que esperar a que alguien se marche de aquí hacia *Spray City*. Recuerda que no tengo coche.

—Llévate el mío y déjalo cerca de la comisaría. Me resultará fácil mañana llegarme a por él.

—Gracias.

—Es la compensación a la compensación.

—Buenas noches.

Clay Morgan dejó unos billetes sobre la mesa y salió del local.

La joven quedó sola mirando por el ventanal a Clay Morgan, que se dirigía al «Chevy».

El joven se introdujo en el coche y poco después se alejaba hacia

Spray City.

Bien, había quedado otra vez sola.

Pero ahora no le podían hacer nada. Ella había alertado a la policía y se había hecho acompañar por un hombre, Clay Morgan, hasta allí.

¿O sí podrían...?

Sintió la garganta seca al ver que el hombre del mostrador la estaba mirando.

Bueno; debía marcharse a su *bungalow*. Eso era lo mejor.

Mientras salía tuvo la impresión de que no solamente era observada por el calvo, sino por las otras personas que se encontraban en el bar.

Caminó hacia su estancia y abrió la puerta. Sí, recordaba haber dejado la luz encendida. No, no tenía ganas de dormir.

De pronto, sintió que la sangre se le helaba en las venas al ver que el dormitorio de la izquierda, el que no había utilizado todavía, se abría lentamente y allí en el hueco, apareció Jim, el de los Ojos Saltones.

CAPÍTULO VII

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó Alice.

Jim entró en el *living* y cerró a sus espaldas.

—No se ha demorado mucho en volver, señorita Pitman.

—¿Pensaron acaso que no lo haría?

—No debió hacerlo. Debió olvidarlo todo, pero imaginamos que lo haría. La hemos estado esperando. Ha armado demasiado jaleo, señorita Pitman.

—¿Qué han hecho con «Red»?

—¿«Red»?

—Sabe que me refiero al perro.

—Oh, sí, al perro... No lo hemos visto.

—No le creo.

Jim avanzó hacia ella.

—Quédese ahí —dijo Alice.

Jim se detuvo.

—Usted y yo tenemos que hablar, nena.

—Preferiría hacerlo con otra persona.

—¿Con quién?

—Con el hombre de las gafas oscuras o con el asesino.

—¿Qué asesino? —dijo Jim.

—El que degolló al hombre en la oficina.

—Vamos, vamos, señorita Pitman, ¿qué está diciendo? Éste es un negocio honrado y sólo viene a él gente honrada.

—¿Ya lo ha olvidado, Jim? Este negocio estaba cerrado por ser fin de temporada.

—Un motel no tiene fin de temporada, señorita Pitman. Siempre está abierto, en invierno y en verano.

—¿Quién le ha enseñado la nueva lección?

—Qué cosas más extrañas dice usted...

—Les comprendo perfectamente. Aquí no ocurrió nada. Todo estaba en orden cuando yo llegué y lo siguió estando cuando me fui.

—No ha cambiado nada, señorita Pitman. Absolutamente nada, y las cosas seguirán marchando bien cuando usted se haya ido para siempre. —Jim puso una especial intención en sus palabras.

—¿Piensa matarme, Jim?

—¿Matarla? —Jim rió—. Pero, señorita Pitman, ¿con qué persona cree que está hablando? Usted se llegó aquí a pasar la noche y debe hacer eso: dormir. Creo recordar lo que usted dijo cuando llegó. Dijo que al día siguiente se marcharía. Es lo que debe hacer.

Marcharse... Todo lo demás...

—¿Todo lo demás? —inquirió ella, al ver que él quedaba callado.

—Sólo ha existido en su imaginación, señorita Pitman.

Jim borró la sonrisa de los labios y Alice leyó en los Ojos Saltones una amenaza.

—¿Lo entiende, señorita Pitman? Usted no ha visto nada. Todo eso del hombre degollado, del tipo de las gafas oscuras, lo ha soñado... Lo ha soñado.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Sí, Jim. Lo comprendo perfectamente.

Jim volvió a sonreír.

—Magnífico, chica —se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo—. Le deseo que pase una buena noche.

—Gracias, Jim —repuso ella muy seria.

El hombre de los Ojos Saltones salió de la estancia.

Alice cerró los ojos y los volvió a abrir. Así pues, todo era verdad. Había habido un momento en que creyó que iba a perder la razón, cuando encontró su tanque con los veinte litros de gasolina. Pero ahora estaba todo claro. Un hombre había sido degollado. Todo había ocurrido tal como ella había dicho. Existía el tipo de las gafas oscuras, que quiso acabar con ella cuando se presentó en su *bungalow* esgrimiendo la navaja.

Pero aquel hombre siniestro de los Ojos Saltones le había recomendado silencio. Debía estarse quieta.

De lo contrario, podía suponer lo que la esperaba.

Pero ella no se iba a estar quieta. De ninguna manera.

¿Y qué podía hacer sola contra aquellos hombres? Estaba claro que se trataba de una banda organizada. Todas las personas que había visto allí, desde Judy hasta Jim, pasando por los clientes del bar, formaban parte de la confabulación. Pero ¿quién era el muerto? ¿Por qué lo habían asesinado?

Clay Morgan estacionó el coche a una manzana de la comisaría de *Spray City*.

Estaba saltando del coche cuando vio venir por la acera al sargento Shannon.

—¿Todavía por aquí, Morgan?

—Mi camión no quedará reparado hasta primeras horas de la mañana.

Shannon observó el «Chevy».

—Creí que no conocía a nadie en *Spray City*.

—No conozco a nadie... Es el coche de la señorita Pitman.

El sargento se puso en guardia.

—¿Se ha vuelto a ver con ella?

—Sí.

Shannon miró por la ventanilla del coche.

—¿Dónde la dejó?

—En el motel de Judy Austin.

El sargento hizo una mueca.

—De modo que volvió otra vez allí por su equipaje y lo que hizo fue quedarse.

—Sí, eso hizo.

—Apuesto a que pretendió meterlo en el lío.

—¿Qué opina de toda la historia que contó ella, sargento?

—Si me hubiesen dado un dólar por cada relato que he tenido que escuchar como el de la señorita Pitman, me habría retirado sin esperar a la jubilación.

—Sí, lo mismo creo yo...

—Una mujer fantástica, ¿sabe? Después de todo, la mayoría son así —el sargento dio un suspiro—. Mi mujer a veces se me despierta de noche y me dice: «Dame un abrazo, Rockefeller». ¿Qué le parece? Yo, Rockefeller... Suerte, señor Morgan.

—Lo mismo le deseo.

El sargento se alejó por la acera y Clay siguió la dirección

contraria.

Conservaba en la mano las llaves de contacto del «Chevy».

Se introdujo en el bar que había más arriba de la comisaría y sentóse en un taburete.

Pidió un *whisky* y lo bebió a pequeños sorbos, pensativo.

De pronto oyó un gruñido que procedía del fondo del local. Volvió la cabeza y entrecerró los ojos al ver en el corredor a un perro.

Era un fox-terrier.

El perro estaba gruñendo hacia uno de los reservados, separados unos de otros por simples paneles de madera.

El perro se introdujo en el reservado, pero salió escupido porque alguien le soltó una patada.

Morgan pudo ver perfectamente la pierna del hombre que estaba dentro.

Se dirigió al mozo que le había servido el *whisky*.

—¿Es suyo el perro?

—No, no tenemos ningún perro.

—¿A quién pertenece?

El empleado se asomó por el mostrador, mirando hacia los reservados.

—Bueno, imagino que pertenecerá a una de las personas que están ahí.

—Si es así, me parece que no lo tratan con mucho cariño —dijo, descendiendo del taburete.

El perro seguía aplastando las manos en el suelo, mirando al interior del reservado de donde lo habían despedido.

A1 aproximarse Morgan, el perro retrocedió.

Clay vio en el reservado a un hombre y una mujer. Ella era una rubia de busto exuberante y cara sensitiva.

El hombre estaba por los cuarenta y cinco años de edad y tenía las sienes plateadas. Las facciones de su rostro eran correctas. Se cubría con un traje de buen paño, camisa blanca y corbata oscura, sobre la que mostraba una perla.

El hombre había enarcado las cejas al verle llegar.

—¿Es de ustedes ese perro? —preguntó Morgan.

La joven volvió la cabeza mirando con simpatía a Clay.

Pero fue el hombre quien contestó:

—No, no es nuestro.

—¿Conocen a su dueño?

—Oiga, me importa un rábano quién pueda ser el dueño de este perro.

Clay se volvió hacia el can, que estaba quieto, mirándole con la cabeza ladeada.

—Ven aquí, «Red» —dijo.

El perro se puso a mover la cola.

—Vamos, «Red».

Clay observó por el rabillo del ojo al hombre de las sienes plateadas y vio que había enrojecido. De pronto el perro miró a aquel hombre y se puso a gruñir otra vez por lo bajo.

—Quiero hablar con usted, señor Macklin —dijo Clay.

El hombre dio un respingo en la silla.

—¿Me conoce usted?

—A decir verdad, no lo había visto a usted en toda mi vida, ni siquiera fotografiado en el periódico. Ha sido cosa del perro.

—Oiga, yo tampoco sé quién pueda ser usted, pero le voy a pedir una cosa. ¡Váyase al infierno!

Morgan hizo chasquear la lengua.

—No me decepcione, señor Macklin. Usted debe conocer otras maneras.

—¿Quiere dejarme en paz? ¿No ve que estoy en compañía?

—Nuestra conversación es muy importante, señor Macklin, pero si usted no tiene inconveniente en que hablemos aquí, por mí tampoco lo hay.

—Si no se marcha ahora mismo, pediré al empleado del local que lo saque.

Pero Morgan no se inmutó por lo que acababa de oír y ocupó una silla junto a la rubia.

—Eh, apártese de ella —dijo Macklin.

—Se ve que ha bebido mucho, señor Macklin.

—¿Le importa a usted?

—No, no me importa. Por mí puede beberse todo el *whisky* que pueda haber en este local. Lo que yo deseo es que me informe acerca de Alice Pitman.

—No le he de informar acerca de nada.

—Vamos, vamos, señor Macklin —sonrió Clay—. Sea usted un

poco más sociable.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Clay Morgan y me dedico a transportar mercancías en un camión.

—Un camionero.

—¿Tiene algo contra los camioneros, señor Macklin?

—Si no se va ahora mismo, le voy a romper las narices de una trompada.

Morgan alzó la cara con mucha tranquilidad.

Fred Macklin se irguió en la silla echando el puño atrás, pero, justo cuando lo disparaba, la mano de Clay le salió al encuentro y le aferró por la muñeca. El puño se quedó a escasas pulgadas de las narices de Morgan. Luego éste retorció bruscamente el brazo de Fred y Macklin lanzó un aullido.

—Señor Macklin, contésteme a la primera pregunta.

—¡Y un cuerno!

Clay hizo una pequeña torsión y en la cara de Fred apareció una mueca de dolor.

—¡Bastardo!

—Ésa no es una palabra propia de un millonario, señor Macklin. Pero la pasaré por alto.

¿Conoce a Alice Pitman?

—Sí.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¿Aquí o en Nueva York?

—Aquí.

—¿A qué fue a su casa?

—A pintarme un retrato.

—¿Qué ocurrió cuando ella pintaba su retrato?

—¡Váyase a...! —Macklin no llegó a completar la imprecación, porque otra vez su cara se crispó.

—Vamos, dígalo, señor Macklin.

—No tuvo importancia. Bueno, quiero decir que sólo le hice el amor.

—¿Le vació el tanque de gasolina?

—¿Yo? ¿Qué está diciendo?

—Confiese, señor Macklin. Estamos en privado. Estoy seguro de que la señorita sabrá callar la boca.

Clay acompañó sus palabras con un movimiento persuasivo.

—Sí, Morgan. Así fue... Le vacié el tanque de gasolina.

—Y luego se lo volvió a llenar.

—¿Yo?... No.

—¿No fue usted quien le puso veinte litros de gasolina después que ella se marchó a su casa?

—¿De qué está hablando?

—Quiero la verdad.

—Se la estoy diciendo, maldita sea. Cuando la señorita Pitman se marchó de mi casa no la volví a ver. Yo nunca he ido detrás de una mujer, ¿lo entiende?

Clay dejó libre el brazo del millonario.

—Gracias, señor Macklin. Ha sido muy amable.

—Esto le va a costar caro.

Morgan apoyó las manos sobre la mesa y acercó su cara a la de Macklin.

—¿Cuánto me va a costar, amigo? Ande, dígamelo.

Macklin se dispuso a golpearle.

Sonó un restallido porque un puño había entrado en colisión con una cara.

El puño pertenecía a Morgan. La cara a Fred Macklin.

El resultado fue que éste quedó fuera de combate, despatarrado a los pies de la mesa.

Morgan miró a la rabia.

—Lo siento, muñeca, pero hay cosas que un hombre no puede soportar.

—Yo te soportaría muchas.

Clay le pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Lástima que tenga ocupación en otro sitio, dulzura.

La joven dio un suspiro.

—Si te queda tiempo, estoy en el hotel Continental, habitación ocho. Soy Beth Payson.

Clay la obsequió con una palmada en el hombro y se volvió para marcharse.

De pronto se dio cuenta de que allí no estaba el perro.

—¡Eh, «Red»! —Dio unos cuantos silbidos haciendo chasquear los dedos—. ¡Ven aquí, «Red»!

Pero el fox-terrier no apareció por ninguna parte.

—¿Lo viste marchar? —preguntó Clay a la rubia.

—Pues no. Estaba distraída.

Morgan se acercó al mostrador y pagó su consumición.

—¿Vio salir al perro? —preguntó al empleado.

—No, no lo vi. ¿Qué fue lo ocurrido allá dentro?

—Nada que tuviese importancia. Un amigo y yo discutimos acerca de cuestiones artísticas.

Salió a la calle y anduvo por los alrededores del bar buscando a «Red», pero no lo encontró en ninguna parte.

Se detuvo en una esquina donde había un vendedor de periódicos, a quien compró un ejemplar que guardó en el bolsillo. Luego fue adonde había dejado estacionado el coche de Alice.

CAPÍTULO VIII

Alice fumaba un cigarrillo pensativa. Se le había ocurrido un plan. Naturalmente, podría resultar peligroso.

Podía morir, incluso. Pero estaba decidida a correr cualquier riesgo con tal de descubrir la verdad.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y salió del *bungalow*.

Todo seguía igual. La oficina iluminada, el bar y los coches en la plaza de estacionamiento.

Sí; aquel motel había cambiado mucho desde que ella descubrió al hombre degollado.

Caminó resuelta hacia la oficina.

De pronto oyó una voz qué surgía por la derecha, junto a un *bungalow* envuelto en la oscuridad.

—¿Adónde vas?

Giró sobresaltada, llevándose una mano a la garganta. Allí había un hombre, junto a la pared.

—¿Es cuenta suya? —preguntó ella, haciendo acopio de valor.

—En absoluto, señorita. No es asunto mío. Perdón, la confundí. Creí que era mi mujer.

—No tiene importancia —dijo Alice, no convencida de que aquel hombre le estaba mintiendo.

Prosiguió su camino. Por un momento creyó oír pasos a su espalda y diose más prisa.

Finalmente, llegó a la oficina y abrió la puerta pasando al interior.

La rubia la miró desde el registro.

Alice se apoyó en la puerta.

—¿Es usted Judy Austin?

—Sí, yo soy Judy Austin. ¿Qué pasa?

—¿Por qué ha mentido?

—No sé a qué se refiere, señorita Pitman.

—Lo sabe perfectamente. ¿Dónde estaba usted cuando llegué la primera vez?

—¿De qué habla, señorita Pitman? He estado aquí toda la noche.

—Ahora estamos solas, señora Austin. ¿Por qué tiene que disimular?

—No le comprendo una palabra, señorita Pitman. ¿O es que ha bebido con su... hermano?

—El ya se marchó.

—Sí, ya lo vi, y usted debió seguir su ejemplo.

Alice sonrió.

—Eso me gusta mucho más.

—¿El qué?

—Que me amenacen. Primero Jim, ahora usted...

—Es usted muy bonita y muy joven, señorita Pitman. ¿No se ha dado cuenta de lo hermosa que es la vida?

—Siga amenazando, ande.

—Váyase a la ciudad. Yo misma podría llevarla.

—¿Usted?

—Sí, tengo mi coche, ¿por qué no? De paso, tomaría un poco el aire.

—No, gracias. He decidido quedarme.

—¿Por qué?

—Me gusta más esto que la ciudad. Además, quiero aprovecharme de las circunstancias.

—Soy yo ahora quien no la comprende, señorita Pitman.

—He pensado que ya que el azar me ha deparado la oportunidad de presenciar un crimen, debo aprovecharme.

—¿Sí?

—Quiero dinero.

La rubia entornó los ojos.

—¿Qué está diciendo, señorita Pitman?

—Ya lo ha oído. Ustedes quieren que silencie todo lo que vi aquí. Muy bien, lo haré, pero será a cambio de un precio.

La rubia volvió a sonreír mientras denegaba con la cabeza.

—Señorita Pitman, no se pone usted en razón y es una lástima.

—Soy yo ahora quien les amenaza, señora Austin. Ya lo ha oído.

Dígaselo al jefe de todo este complot. Quiero plata, dinero... Le diré exactamente la cantidad. Me han de dar cinco mil dólares...

—¿Por qué no agrega un collar de perlas?

—Me conformo con los cinco mil.

—Suponiendo que usted tuviese que silenciar algo, ¿se da cuenta de lo que está haciendo? Está chantajeando.

—Qué palabra tan fea, ¿verdad, señora Austin?

—Tuve un amigo que me dio cierta vez un consejo, ¿sabe? Yo se lo voy a traspasar a usted y le va a resultar gratuito. Mi amigo me dijo: «Todos los chantajistas mueren tarde o temprano, y ninguno vive lo suficiente para ordeñar bien la ubre». —Cinco mil dólares. Recuérdelo.

Alice abandonó la oficina encaminándose a su *bungalow*.

Al pasar por el lugar desde donde le había hablado el desconocido, miró hacia allí, pero le pareció que ahora no había nadie.

Entró de nuevo en el *living* y encendió otro cigarrillo, ocupando un sillón.

Bien; ya lo había hecho. Pero ¿qué iba a ganar con eso?

Sintió miedo al recordar las palabras de la señora Austin. «Los chantajistas mueren tarde o temprano...».

¿Cómo iban a darle cinco mil dólares? Sí, la señora Austin tenía razón. ¡Santo cielo! Había cavado su propia fosa. Eso es lo que había hecho. Ahora se decidirían a matarla. La quitarían de en medio. Luego ya buscarían la forma de arreglarlo todo. La podían matar en la carretera, simular un atropello... ¿O por qué salir del *bungalow*? La golpearían en la cabeza y prepararían el escenario para que pareciese que había resbalado mientras tomaba un baño.

¡Dios mío, qué estúpida había sido!

Se sintió sobrecogida al oír pasos en el porche.

Ya estaba allí Jim. Ahora se abriría la puerta y él entraría para matarla. ¿O sería el hombre de las gafas oscuras el que se llegaría con su navaja para degollarla lo mismo que al tipo de la cicatriz?

La puerta se abrió de golpe y Alice lanzó un grito.

—Silencio, nena —dijo Clay Morgan, mientras cerraba.

—¡Tú!

—¿Asustada? —preguntó Clay, acercándose a la joven.

Alice dejó caer la mano con que había cubierto su boca.

—¿Por qué has vuelto?

—Porque he empezado a creerte. Al menos, sé que es verdadera la primera parte de tu historia.

—¿La primera parte?

—Sí. Lo referente a Macklin.

Clay le contó su encuentro con Fred en el bar de la ciudad.

—¿Por qué habrá desaparecido otra vez «Red»? —dijo Alice.

—No te preocupes ahora del perro. Sabrá arreglárselas bien. Eres tú ahora quien estás en peligro.

—Lo estaba ya antes, pero ahora es mucho peor.

Alice hizo un resumen de la visita que le había hecho Jim y la que ella había girado a Judy Austin.

Clay se dejó caer en el sillón de enfrente.

—Bueno, no tienes que preocuparte. Al fin y al cabo, ya estaban complicadas las cosas.

—¿Qué va a pasar ahora, Clay?

—Desgraciadamente, ellos son quienes tienen la iniciativa y a nosotros sólo nos queda esperar. Es preferible que lo tomemos con calma. ¿Sabes tina cosa? No le he echado nada al estómago desde hace unas cuantas horas. Iremos al bar y cenaremos como si nada ocurriese.

—Sí, Clay.

Ambos se levantaron y ella acudió al lado de él y le tomó una mano.

—Clay, gracias por haber venido.

—Dáselas al perro. Fue él quien me impulsó hacia aquí.

Cuando pasaron por frente a la oficina vieron a Judy Austin a través de la ventana. Entraron en el bar. Ahora sólo había allí el hombre de la cabeza calva que atendía al mostrador.

—Queremos comer algo —dijo Morgan.

—Ya cerramos la cocina.

—Nos contentaremos con unos emparedados.

—Sólo me queda queso.

—Traiga también cerveza.

El hombre sacudió la cabeza de mala gana y desapareció por la puerta que conducía a la cocina.

Alice habló en voz baja.

—Están deseando perdernos de vista.

Morgan asintió mientras sacaba el periódico del bolsillo. Lo desplegó ante sí y Alice pudo ver los titulares de la primera página. «El famoso *gángster* Luke Radford, muerto en un accidente de aviación». Justo allí se insertaba una fotografía de Luke Radford.

—¡Clay!

—¿Qué ocurre, nena?

Alice le quitó el diario de las manos, señalando la fotografía que había llamado su atención.

—Este *gángster*..., Luke Radford... ¡Es el hombre de las gafas oscuras que quiso matarme!

CAPÍTULO IX

—¿Qué estás diciendo, Alice? Eso es imposible.

—Te aseguro que no me equivoco.

Clay leyó para sí, diciendo:

—Aquí se afirma que Luke Radford ha muerto cerca de Los Angeles y no ha sido sólo él en encontrar la muerte, sino los setenta y ocho pasajeros y seis tripulantes del avión.

—Te digo que es él, Clay.

—Pero aquí no tiene gafas.

—Recordaría bien su cara dentro de otros cincuenta años. Cuando le vi con aquella navaja es como si le hubiese sacado una instantánea.

—Vayamos por partes, nena. Sólo le viste una o dos veces, ¿no es así?

—Sí, cuando llegó en el automóvil y cuando abrí la puerta del *bungalow*, después de haber descubierto el cadáver.

—Pero la primera vez estaba muy oscuro. No le pudiste ver la cara porque estabas muy alejada de él.

—Sólo pude ver su figura porque enseguida entró en la oficina.

—Y cuando abriste la puerta del *bungalow*, imagino que sería cuestión de un par de segundos.

—Pero la luz le dio de frente y le pude ver a la perfección. Es chupado de mejillas, hocico un poco saliente, color cetrino, mejillas porosas, frente arrugada, con las entradas muy pronunciadas, el cabello rubio. Le recuerdo bien, Clay. Es este hombre. —Alice señaló otra vez la foto—. El mismo, Morgan se apretó el puente de la nariz.

—Eso complicaría mucho más las cosas... Luke Radford... Déjame que lea esta información.

Mientras Clay leía el periódico, el hombre calvo salió de la cocina trayendo los bocadillos de queso. Llenó dos jarras de cerveza y lo llevó todo a la mesa.

Después de dirigir una mirada a Alice y a Morgan, se retiró emitiendo un gruñido.

Clay terminó de leer el diario y, a la muda interrogación de Alice, contestó:

—Anda, come. Hablaremos después.

Alice había perdido el apetito, pero no así Clay, quien lo despachó todo.

Después el joven abonó el importe del servicio y se encaminaron de nuevo al *bungalow*.

Apenas se encontraron a solas, Alice preguntó:

—¿Qué piensas, Clay?

—Luke Radford, cuyo verdadero nombre era Tony Gilento, iba a ser deportado dentro de unas semanas a Italia. Pasó los últimos cinco años en Sing Sing por defraudación al fisco. Como anteriormente se hizo con Lucky Luciano, lo iban a arrojar del país. La policía sospecha que Luke Radford se estaba moviendo mucho para entrevistarse personalmente con sus lugartenientes, ya que él habría seguido siendo el jefe desde Italia.

—El hombre que ha muerto en el accidente no es Luke Radford.

—Ya entiendo lo que quieres decir. Luke Radford puso a otro en su lugar. El avión fue sabotado intencionadamente para confundir a la policía. Mientras el avión viajaba, Luke Radford se llegaba a este campamento.

—Sí, Clay.

Morgan sacudió la cabeza mientras se pellizcaba el labio inferior.

—De esa forma Luke Radford se ahorra la deportación y continuará viviendo en nuestro país bajo un nombre supuesto.

—Probablemente bajo la identidad del hombre que realmente murió en el avión.

—Sí, quizá ése haya sido el plan —asintió Morgan.

—Clay, ya sé dónde está Luke Radford.

—¿Dónde?

—En la oficina.

—No, no lo creo.

—¿Por qué no?

—Habría sido demasiado peligroso para él. Ten en cuenta que ellos no sabían si la policía te iba a hacer caso. Tú ibas a contar la historia de un asesinato agregando la escena del tipo que se llegó a tu *bungalow* con la navaja barbera, aunque no supieses en ese momento que era Luke Radford.

—Sí, creo que tienes razón.

—Iremos a la policía.

—¿Otra vez? Ese sargento no me hizo ningún caso.

—Esta vez tienes algo más consistente que decir. La historia de Luke Radford. Y por encima del sargento está el teniente y más arriba el Comisionado.

—Es muy tarde, Clay.

—No nos debe importar la hora que sea. Despertaremos a toda la ciudad de *Spray City* si es preciso.

—Se me ocurre una idea.

—¿El qué?

—¿Y si nos llegásemos a la oficina?... Quizá estemos equivocados y Luke Radford esté arriba.

—Suponiendo que así sea, ¿te das cuenta de que no tenemos ningún arma? Y aunque la poseyésemos, ellos estarán preparados. Nunca nos dejarían llegar hasta Luke Radford. —Bueno, Clay, lo que tú quieras. Nos marcharemos ahora mismo a la ciudad.

—Eso es lo mejor.

En el silencio que siguió oyeron el crujido de una madera. Los dos volvieron la cabeza hacia la puerta.

—¡Hay alguien ahí! —dijo Alice.

Se refugió en los brazos de él. Los dos permanecieron inmóviles esperando que la puerta se abriese de un momento a otro, pero ahora todo seguía envuelto en un silencio.

—Clay, nos han estado escuchando.

—No lo sé.

—No nos dejarán marchar.

—Bebemos intentarlo. Espera aquí.

Clay se apartó de la joven y fue acercándose poco a poco a la puerta. Se arrimó a la pared y puso la mano en el tirador.

Alice se apretaba la garganta con la diestra.

Morgan abrió dando un envión a la puerta.

En el porche no había nadie.

Clay salió fuera mirando a derecha e izquierda. Se habían apagado las luces del bar. Sólo estaba iluminada la oficina.

—Vamos, nena, sal.

La joven se unió a él y juntos bajaron del porche, encaminándose a la plaza de estacionamiento.

De pronto oyeron un ruido y los dos volvieron la cabeza a un tiempo. Judy Austin había aparecido en la puerta de la oficina y estaba inmóvil, mirándoles.

—Vamos, nena.

—No nos dejarán metemos en el coche. Esa mujer hará una señal a los hombres que deben estar escondidos...

—Camina firme —dijo él pasándole un brazo por la cintura.

Los dos clavaron los ojos en el «Chevy» que estaba estacionado con la proa hacia la carretera.

—Déjame a mí el volante —dijo Clay.

Separáronse para entrar cada uno por una portezuela.

Cuando Alice se dejó caer en el asiento, dio un suspiro de alivio y miró a través del cristal observando que Judy había desaparecido.

—A *Spray City* —dijo Clay, y puso en marcha el coche.

El motor rateó unos instantes y quedó en silencio.

—¡Lo han averiado! —exclamó Alice.

Clay probó otra vez.

El motor se puso otra vez en marcha y ahora siguió funcionando. El «Chevy» se deslizó por la playa de grava y continuó la carretera. —Es la batería— dijo Clay. —No te funciona bien.

—Me dijeron que tenía que cambiarla y se me olvidó... Qué susto he pasado. Creí que lo habrían averiado para obligarnos a quedarnos.

El hotel quedó atrás. Alice se relajó en el asiento y Clay apretó el acelerador. Al cabo de un rato, Morgan miró a la joven y la vio con los ojos cerrados.

—¿Cansada?

—Un poco.

—Han sido demasiadas emociones para ti.

—Cuando todo se sepa, quisiera ver la cara que va a poner Lee Sam.

—¿Quién es Lee Sam?

—Un periodista.

—Ya entiendo, tu chico.

—Oh, no... no lo es.

—¿Quién?

—Realmente, no hay ningún chico —ella abrió los ojos y ladeó la cabeza mirándolo—. ¿Quién es ella?

—Tampoco la hay.

Clay vio una curva a lo lejos y aplicó el pie en el pedal del freno. Pero el coche corrió a la misma velocidad.

Apretó otra vez el pedal. No; los frenos no funcionaban.

—¿Qué ocurre? —inquirió Alice sobresaltada.

—Nos la jugaron, nena. He sido un estúpido. Debí comprobarlo antes de emprender la marcha. Seguro que quitaron el aceite del freno.

La curva fue acercándose rápidamente.

—Cuidado, nena. Agárrate firme.

Clay hizo girar el volante.

Pero la curva era muy cerrada. Los neumáticos se pusieron a chirriar y la carrocería crujió como si fuese a desencuadernarse.

El coche tomó la curva sobre dos ruedas deslizándose la popa hacia el pretil. Se produjo un terrible chasquido y el vehículo dio una vuelta sobre sí mismo saltando en el aire. Alice lanzó un grito y todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

—¡Clay!

No pudo verlo a él. Su mano instintivamente se había ido a la portezuela. Ésta saltó como si fuese de cartón.

Alice sintió que escapaba por el hueco. Estrelló su cuerpo contra la tierra y dio muchas vueltas.

Sintió que un frío gélido se apoderaba de todos sus miembros y pensó que eso debía ser la muerte.

Ahora todo estaba en silencio.

Se vio rodeada de oscuridad, de una oscuridad helada.

CAPÍTULO X

El sargento Shannon vio entrar en la comisaría al agente Lang.

—¿Vienes de la Morgue?

—Sí, de allí vengo.

—¿Qué tal fue el entierro?

—Nunca he visto tantas coronas. No podía imaginar que esa chica fuese tan importante.

—Eres un burro, Lang. Geraldine Wittington era hija de Sam Wittington que fue alcalde de la ciudad durante la Segunda Guerra Mundial. Sam hizo mucho por *Spray City* y es lógico que a la muerte de su hija le hayan llovido las coronas... A propósito, ¿viste a los dos accidentados?

—Sí, también los vi.

—¿Siguen vivos?

—Él no ha muerto porque un par de ángeles lo debieron de aguantar uno por cada lado, pero continúa sin conocimiento y creo que estará todavía algún tiempo así.

—¿Y la muchacha?

—También recibió un fuerte golpe en la cabeza, pero ya recuperó el sentido.

—De modo que, has hablado con la chica, ¿eh?

—¿No se nota, sargento? Debo estar ojeroso. Usted tenía razón. Deberíamos seguir preguntando en todo los manicomios del país. Esa chica está chiflada.

—Te ha seguido hablando del cadáver, del hombre degollado en el campamento de Judy Austin.

—Sí, desde luego, pero ha mejorado su relato aportando nuevos detalles.

—¿Qué nuevos detalles son éstos, Ed?

—Será mejor que se siente, sargento.

—Vamos, déjate de payasadas y suéltalo de una vez, Ed.

—Luke Radford no murió en el avión.

—¿Qué estás diciendo?

—Luke Radford es el hombre de la navaja barbera que Alice Pitman vio en el motel de Judy Austin.

—Y decías que ha recuperado el conocimiento...

—Clay Morgan y la chica venían aquí a contarnos su descubrimiento cuando ocurrió el accidente. Fue un sabotaje. Les habían quitado el aceite del freno.

—Luke Radford no murió en el avión que se dirigía a Los Angeles. Valiente pamplina. Todo ha sido comprobado. La policía se aseguró bien por si se la estaban dando con queso. En el asunto intervenía el FBI. Iban a deportar a Luke a Italia y nuestros compañeros federales han acumulado tales pruebas que no dejan lugar a dudas acerca de la identidad de los restos del cadáver que se encontraron en el avión. Por fortuna, fue uno de los cuerpos que se conservó entero.

—Sí, eso le he dicho a la muchacha, que la dentadura del cadáver encontrada en el avión había sido identificada como perteneciente a Luke, que las huellas dactilares de la mano izquierda coinciden con las de Radford. Pero ella ha seguido sosteniendo que sólo se trata de una fantástica confabulación y que el verdadero Luke Radford se encontraba la pasada noche en el motel de Judy Austin.

—La de cosas sorprendentes que puede imaginar una mente humana...

En aquel momento se abrió la puerta dando paso a un hombre de unos treinta y cinco años de edad, alto, de cabello entrecano, mejillas hundidas y mentón cuadrado.

—Buenos días, teniente Randall —saludó Shannon.

—Venga conmigo, sargento —dijo el teniente mientras se dirigía a su despacho.

El sargento dirigió una mirada a Ed mientras encogía los hombros y entró en la oficina de Randall pisando los talones a su superior.

Zack Randall se volvió en el centro de la habitación.

—He recibido una protesta de Judy Austin, Shannon. Una loca

llamada Alice Pitman se le coló allí asegurando que había visto a Luke Radford. Al parecer, usted había sido puesto sobre aviso por la propia Alice Pitman que se llegó aquí a presentar una denuncia acerca de un supuesto crimen cometido en la oficina de Judy.

—Puedo explicarle...

—Sólo quiero que me diga por qué ha consentido que esa mujer se haya estrellado en su coche en compañía de un hombre.

—La verdad es que imaginé que estaba loca cuando vino a denunciarme el crimen.

—Si estaba loca, ¿por qué no la mandó encerrar?

—No pensé...

—Claro, usted no pensó. Es lo suyo, Shannon. No pensar.

Shannon se puso rojo como un tomate.

—No tiene derecho a decirme eso, teniente.

—¿Cómo que no tengo derecho? —Zack Randall golpeó el puño contra la mesa—. Si no está conforme presente su dimisión.

Shannon estuvo a punto de replicar en forma adecuada al ex abrupto del teniente, pero ¿qué iba a adelantar con eso? Randall le estaba buscando las cosquillas desde hacía tiempo. No perdía una oportunidad para comprometerlo. Sí, el teniente esperaba a que él se insolentase para incoar el oportuno expediente por indisciplina. En tal coyuntura, a Randall le resultaría relativamente fácil conseguir del Comisionado una sanción, y de producirse ésta, él, Shannon, no tendría más remedio que abandonar el cuerpo. Y entonces el teniente se habría salido al fin con la suya.

Los dos hombres permanecieron inmóviles estableciendo un reto de miradas. Por fin, el teniente dio la vuelta a la mesa y se dejó caer en su sillón giratorio.

—¿Cómo está la chica?

—Volvió en sí aunque sólo ha continuado diciendo tonterías.

—¿Qué tonterías son ésas?

El sargento bajó la mirada al suelo y antes de hablar se humedeció el labio con la lengua.

—Asegura que el hombre que pretendió matarla en el campamento de Judy era Luke Radford.

—¿Qué majadería es ésa?

—Yo no hablé con ella, teniente. Lo hizo Ed. Me estaba informando cuando usted llegó. El teniente entornó los ojos.

—Sí, sargento. No cabe duda de que esa mujer está chiflada. Pediré al doctor Curley que la examine y que en caso necesario, la interne inmediatamente. No puede quedarse en el hospital.

—Sí, teniente.

—¿Qué hay de ese hombre, ese tal... Clay Morgan?

—Todavía no ha recuperado el sentido.

—Me han dicho que es un camionero y que sufrió una colisión con un coche particular.

—Sí, teniente. Fue sancionado por el juez Straford con una multa de cien dólares.

—No me interesa eso, sino la relación que pueda tener con la chica.

—¿Por qué, teniente?

—No haga preguntas, sargento. Me interesa y basta.

—Ella y Clay Morgan se dirigían aquí para comunicarnos el descubrimiento de que Luke Radford estaba en el campamento de Judy.

—¿Qué clase de heridas sufre el muchacho?

—Tiene algunas partes del cuerpo lesionadas, pero sólo sufre un fuerte *shock*.

El teniente atrapó el auricular. Marcó un número y al cabo de un rato dijo:

—¿Hospital Bella Vista...? Aquí el teniente Zack Randall. Quiero hablar con el doctor que se ocupa del enfermo Clay Morgan. Sí, gracias... —El teniente dejó correr unos segundos—. ¿Doctor Lamber?... Soy el teniente Randall. ¿Cómo está usted...? Quiero preguntarle cuándo podré hablar con el accidentado Clay Morgan... Desde luego, se trata de una información oficial. Necesito someterlo a interrogatorio... Gracias, doctor, pasaré dentro de un par de horas por ahí.

Randall colgó el auricular.

—Bueno, sargento, ¿qué está, esperando? Océpese de que nuestro psiquiatra se deje caer por el hospital para hacer un examen a la chica.

—Sí, teniente —dijo Shannon.

Vio que dos hombres se inclinaban sobre ella.

Uno era de Ojos Saltones y sonreía proyectando la mandíbula inferior hacia delante, y por entre los dientes veía la punta de la

lengua; pero aquella lengua no era roja sino verde.

El otro hombre llevaba gafas oscuras y la piel de su mejilla era porosa, y el color de su piel cetrino.

Los dos se carcajaban estremeciendo los hombros. Se reían de ella.

El brazo derecho del hombre de las gafas oscuras era muy largo. Y allá en su mano tenía algo que brillaba mucho. De pronto dejaba de reír y el hombre de las gafas oscuras encogía el brazo y poco a poco aquel objeto brillante iba adquiriendo forma. Era una navaja barbera.

Ella quería saltar de aquella cama donde se hallaba tendida, pero no se podía mover. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y algo que parecía hecho con un tejido muy fuerte le impedía separarlos.

Y la navaja esgrimida por el hombre de las gafas oscuras se acercaba poco a poco a su cuello. Y ahora los dos hombres reían espasmódicamente y el de los Ojos Saltones soltaba baba por su boca, una baba verdosa porque la punta de su lengua era verde.

De súbito el de las gafas oscuras enseñaba los dientes como colmillos y con la otra mano se desprendía de las gafas. Era Luke Radford, el jefe del Sindicato del Crimen, el hombre que presidía los destinos del *gang* más poderoso del país.

Y entonces ella volvía a perder el sentido.

Alice abrió los ojos.

Todo seguía a oscuras a su alrededor.

Se preguntó si estaba viva o se hallaba sumergida en la nada.

Movió los dedos de los pies.

Sí, ahora sabía que existía.

Pero si todo estaba a oscuras, podía ser debido a que se había quedado ciega. ¿Por qué no? Había sufrido un grave accidente.

Al llegar a ese punto de sus pensamientos, otra vez creyó oír el gemido de los neumáticos, el chirrido de la carrocería.

Otra vez el frío se apoderó de sus miembros.

Vivía. Ella vivía.

¿Qué pasaba en sus brazos? ¿Por qué los tenía trabados hasta el cuello por una tela basta que parecía tejida con hilos de acero?

¿Por qué la habían puesto así? ¿Por qué...?

De pronto lo vio todo claro.

Ella estaba loca.

Sí, no cabía duda. Se encontraba en una cama y aquello que la rodeaba era una camisa de fuerza.

¿Y Clay? ¿Dónde estaba Clay Morgan? ¿Por qué no la había ayudado?

La respuesta era sencilla. Clay había muerto.

De pronto sonó un chirrido y un haz de luz le hirió los ojos.

Oyó una voz.

—¿Cómo está, señorita Pitman?

Abrió poco a poco los ojos y vio su cara, defendida con las gafas oscuras. Sí; era el mismo hombre que ella había visto a la puerta del *bungalow*.

CAPÍTULO XI

El teléfono se puso a sonar.

—Ya voy... Ya voy...

Se oyó el crujir de un somier.

Una mujer apareció por el corredor arrastrando los pies metidos en pantuflas. Estaba desgredada, era vieja y sus ojos eran los ojos del demonio.

—Maldita sea —rezongó—. No la dejan a una en paz.

La campanilla del teléfono seguía sonando.

—¡Calla de una vez! —dijo y atrapó el auricular—. ¿Quién es?

Siguió un silencio al otro lado de la línea.

—¿Quién está ahí? —preguntó otra vez la bruja.

—¿Está Chad?

—¿Chad? ¿Qué Chad?

—Chad Endicott.

—No. No está.

—Oiga, fulana, sé que ése es el número de Chad. Me lo dio personalmente. Llámelo. Es importante.

La bruja soltó una carcajada enseñando los tres dientes que le restaban en sus encías.

—Importante, ¿eh? ¿Qué persona importante puede preguntar por Chad? Sólo conozco a una persona que podría interesarse por Chad. El verdugo —rió su chiste soltando una soez carcajada.

—Oiga, fulana. Llame de una vez a Chad.

—Está bien, Majestad.

La mujer dejó el teléfono en el ángulo de madera que había sobre la pared y arrastró otra vez los pies por el corredor. Al llegar a la sala se apoyó en la pared mirando el cuerpo inmóvil que había en el diván.

—Eh, Chad... ¡Chad!... Borracho del infierno. Ya se me ha bebido la botella de *whisky*.

Chad, el hombre que estaba en el diván, sacudió la cabeza. Tenía el cabello cortado a cepillo y su cara era la de un retrasado mental, ojos muy juntos, verdosos, que miraban como los de un reptil. Se cubría con una sucia camiseta y pantalones de *cow-boy*.

—¿Qué pasa, Mam?

—Te buscan.

El hombre saltó sobre la silla donde estaba su chaqueta. Con una rapidez prodigiosa sacó del bolsillo interior una pistola.

Mam lo miró con ojos brillantes y de pronto se echó a reír estruendosamente.

—No es la policía.

Chad la miró siniestramente.

—Debería meterte una bala en la tripa, Mam. Sabes que no me gustan las bromas.

—Anda, y atiende de una vez la llamada de ese tipo.

Chad entornó los ojos.

—Una llamada, ¿eh? Dile a quien sea que no estoy.

—Ya se lo dije, pero escupió que era importante.

Miró hacia el fondo del corredor donde estaba el teléfono. Titubeó pasándose la mano libre por el cabello.

—Está bien, ya voy —se puso la pistola en el cinturón y echó a andar hacia el corredor pasando junto a Mam, que lo siguió con la mirada.

Chad atrapó el auricular, pero antes de hablar miró a Mam que se había vuelto hacia él, un brazo en jarras, la otra mano apoyada en la pared.

—¿Sí?

—¿Chad Endicott?

—El mismo.

—Hay un trabajo extra para ti, muchacho.

—¿Quién es usted?

—Qué importa eso.

—¿Quién es usted?

—Un amigo que te va a pagar mil dólares por un trabajo.

—¿Mil dólares? ¿Dónde están los mil dólares?

—Ya los recibirás.

Chad se rascó por detrás de la oreja.

—Suponga que le sigo la corriente. ¿A quién hay que matar?

—Es una faena fácil. El fulano no puede valerse por sí mismo.

—Ya, un inválido.

—Como si lo fuese. Está en el hospital.

—Un enfermo del hospital, ¿eh? No me gusta. Una vez entré en un hospital y estuvieron a punto de atraparme. Hay que burlar mucha gente. Lo ven a uno muchas personas... Es peligroso, compañero, y yo soy de los que no puedo permitir que me vean la cara. Búsquese otro.

Chad fue a colgar.

—¡Espera! —dijo la voz imperiosa del hombre que estaba al otro lado del hilo.

—No hay nada que esperar.

—Junto con los mil dólares vas a recibir una llave.

—¿Una llave?

—Puedes entrar por las dependencias traseras del hospital, donde está la cocina. Eso será fácil.

—¿Qué hospital?

—El Bella Vista, de *Spray City*. Antes de llegar a la cocina hay un corredor a la izquierda. Sólo tienes que subir por una escalera. Encontrarás otro corredor. Al final hay una puerta. La llave servirá para que la franquees. Entonces te encontrarás justo en el corredor donde está la habitación ciento veinticuatro. Ése es tu destino.

—¿Y si la puerta del ciento veinticuatro está cerrada?

—Estará abierta cuando llegues, ¿lo oyes, Chad?

—Sí, pero todavía no he oído su nombre.

—No hace falta que lo sepas. ¿No está así bien?

Chad se mojó los labios con la lengua. Mil dólares eran muy buenos y a él le hacía falta el dinero. Había pensado ir aquella noche con sus dos últimos billetes de a cinco al tugurio de Ernest para jugar a los dados, pero ahora podía tener mil dólares. Sólo bastaba que dijese que sí.

—Está bien, patrón. ¿Cuándo recibiré los artículos?

—Estate dentro de una hora junto a la barbería que hay en el número setenta y cuatro de la calle Lincoln. Ponte las manos en los

bolsillos y un cigarrillo en la comisura izquierda. Apóyate en el canal de desagüe. Un muchacho de unos catorce años se acercará a ti y te dará el sobre que contendrá los mil dólares y la llave.

—Corriente, patrón.

—Otra cosa, Chad. No utilices la pistola.

—¿Qué?

—Hace demasiado ruido.

—Tengo silenciador.

—Preferiría que lo hicieses con las manos.

Chad se miró la mano izquierda de largos dedos, sarmentosos. Eran unos dedos fuertes. Los había utilizado muchas veces en sus peleas y mucho tiempo atrás había ahogado a un hombre. Pero no le gustaba hacerlo así. Preferiría el plomo. Era más rápido, menos arriesgado y más limpio.

—¿Lo oyes, Chad? Nada de pistola.

—Bueno, patrón. Usted manda.

—Gracias, muchacho —rió el hombre que estaba en la otra parte de la línea—. Sabía que llegaríamos a un acuerdo.

—Eh, oiga, aunque sólo sea por curiosidad, ¿quién es el hombre que hay en la habitación ciento veinticuatro de ese hospital?

—¿Te importa?

—Si no me lo dice, bastará con que haga una llamada para saberlo.

—No hace falta que hagas eso. Podrías levantar la pieza. Yo mismo te lo diré, muchacho. Se llama Clay Morgan. ¿Lo oyes? Clay Morgan.

CAPÍTULO XII

Clay Morgan despertó sintiendo todo el cuerpo dolorido.

En la habitación reinaba una suave penumbra.

Trató de incorporar la cabeza cuando oyó una voz femenina.

—Estese quieto, señor Morgan.

Clay se relajó en el lecho.

—¿Quién es usted?

—Marion, la enfermera que lo atiende.

Clay dejó que aquellas palabras quedasen impresionadas en su mente. Sí, era una enfermera y él estaba en un hospital... Los frenos... El coche lanzado hacia la curva... Alice.

—Oiga, Marion, ¿dónde está la muchacha que me acompañaba?

—No haga preguntas ahora, señor Morgan. Ha de descansar.

—¿Está... viva?

—Sí, señor Morgan. Puede estar tranquilo. La señorita que lo acompañaba se encuentra bien.

—¿Está ella aquí?

—Sí, en la habitación doscientos cuarenta.

—¿Puedo hablar con ella por teléfono?

—No, señor Morgan. No puede.

—¿Por qué no?

—La señorita Pitman está descansando. También sufrió un fuerte *shock* como usted.

No podemos molestarla, pero le repito que se encuentra fuera de peligro.

Clay dejó escapar el aire que retenía en sus pulmones.

—Eso está bien —se oyó decir.

De pronto recordó por qué les había sobrevenido aquel accidente. Alice y él se dirigían a *Spray City*. Querían establecer

contacto con la policía.

—Oiga, Marion.

—Diga, señor Morgan.

—¿Vino la policía?

—Sí.

—¿Pudieron hablar con ella, con Alice?

—Sí, señor. La señorita Pitman estuvo hablando con la policía durante un buen rato.

—¿Sabe algo de lo que ocurrió después?

—No. La señorita Pitman habló con ellos hace tan sólo dos horas.

Bueno, se dijo Morgan. Ahora todo debía estar claro. Alice debía haber hecho una declaración en regla. Ahora la policía se habría dejado caer en el campamento de Judy Austin y hasta es muy posible que hubiesen sorprendido a Luke Radford.

Sintió un enorme cansancio.

—Le voy a aplicar una inyección, señor Morgan. Eso le servirá para que descanse mejor.

—No, gracias, no la necesito. ¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¿De la tarde?

—Sí, señor.

—Infiernos, me he pasado todo el día durmiendo. No quiero dormir más.

—Está bien. Esperaremos un poco. Tengo que ver otros enfermos, pero dentro de una hora vendré a ponerle la inyección. ¿Conforme?

—Sí, Marion.

Oyó cómo la puerta se abría y después se cerró perdiéndose el eco de unos pasos por el corredor.

Clay se tocó las piernas. No; no tenía ninguna de ellas rota. De lo contrario lo habrían escayolado. Estaba entero, con todas sus piezas intactas.

Allá había un espejo.

Retiró el embozo de la cama y trató de mover una pierna. Eso le produjo agudas punzadas en los riñones y tuvo que permanecer inmóvil.

Lo intentó otra vez. Finalmente pudo poner un pie en el suelo.

Todo le dio vueltas a su alrededor y estuvo a punto de echarse otra vez sobre la almohada, pero, poco a poco, cada objeto ocupó un sitio dejando de moverse.

Entonces se puso en pie.

Habría caído de no haberse apoyado en la pared. Infiernos, estaba muy débil.

Un paso. Dos...

Al fin llegó junto al espejo. En la frente, a la altura de la sien, tenía un gran esparadrapo y, además de eso, en su rostro había otras heridas, pero no habían necesitado el apósito porque estaban cerradas.

Bueno; podía darse por satisfecho.

Regresó a la cama, y se cubrió hasta el pecho.

Ahora, después de aquel esfuerzo, se encontró más cansado que antes.

Cerró los ojos sintiéndose invadido por un sopor.

De pronto la puerta dio un chasquido.

Marion regresaba antes de la hora prevista. Quizá había olvidado algo.

Entornó los ojos mirando el espejo.

No; no era Marion sino un hombre el que había entrado en la habitación. En el espejo se estaba reflejando el cuello de la gabardina. Lo llevaba subido.

Debía ser un policía que venía a tomarle declaración.

Los zapatos de su visitante crujieron cuando se acercaba a la cama.

Morgan abrió completamente los ojos.

Vio la cara del hombre. Era una cara extraña, de ojos muy juntos, cabello rubio, cortado a cepillo.

—Hola, hermano.

No le gustó el tono de su voz ni sus palabras. Pero había policías que eran así.

—Se está bien en la cama, ¿eh?

—Sí.

—Es lo que digo yo. Es el mejor sitio donde puede estar uno, especialmente si se puede lograr una buena compañía.

No; aquel hombre no podía ser policía.

Una luz roja se encendió en la mente de Clay Morgan. Una luz

roja de peligro.

El hombre de los ojos juntos sacó las manos de los bolsillos.

Clay vio que eran unas manos fuertes.

—No te muevas, Morgan, y será rápido.

Clay vio cómo aquellas manos iban hacia su cuello al propio tiempo que el individuo se agachaba sobre él.

Impulsó su rodilla hacia arriba.

El rubio recibió el golpe en el vientre y lanzó un gemido yéndose hacia atrás.

Morgan saltó por el otro lado de la cama, pero de nuevo los objetos comenzaron a girar a su alrededor.

No; no tenía fuerzas para oponerse a aquel enemigo.

Echó a correr hacia la puerta, pero su visitante le interrumpió el camino.

—¿Adónde vas, muchacho? ¿Por qué tanta prisa?

—Apártese de ahí. Estoy enfermo.

—Yo soy el doctor que te va a curar.

—No me interesa tu tratamiento.

—Será corto, muchacho.

Chad Endicott saltó sobre Clay.

Éste se dejó caer en el suelo como única forma de evitar la presa, pero los dedos como garfios del asesino lo atraparon por el brazo.

Clay fue a gritar, pero la otra mano de Chad le cubrió la boca. El asesino lo arrojó al suelo y le apoyó la rodilla en el estómago.

—Calla, muchacho, calla. Deberías darme las gracias. Ya has sufrido bastante en este mundo de reptiles... Ahora, derecho al cielo.

Morgan proyectó su puño hacia arriba.

Chad Endicott recibió el golpe en el maxilar inferior y rodó por el suelo.

Clay quedó a gatas sin poder moverse. Había gastado demasiadas energías para librarse por segunda vez de aquel tipo y ahora sentía el dolor en los pulmones.

—¡Maldito seas! —exclamó Chad Endicott y se arrojó otra vez sobre él.

Clay lo estaba esperando y lo recibió golpeándole la cara con el antebrazo.

Chad chocó las espaldas contra la pared.

Aqué! era un buen momento para Clay. Se puso en pie y echó a correr para salir de la habitación.

—Quieto ahí, muchacho. Mira esto.

Clay supo lo que era porque vio la pistola reflejada en el espejo, una pistola que estaba provista de silenciador.

Se volvió lentamente mirando a Chad, que estaba de pie riendo mientras su diestra apretaba la culata.

—Me dijeron que utilizase otro procedimiento distinto, pero si no me dejas, te meteré un par de plomos en el pellejo.

Clay se frotó las manos en el pantalón del pijama.

—¿Quién te ha enviado aquí?

—Eso qué importa, muchacho.

—¿Quién? —preguntó Clay acercándose a su verdugo.

—No me creerás, pero no lo sé.

Chad levantó la pistola para apretar el gatillo.

Clay saltó sobre él. Era su única esperanza.

Se produjo un pequeño estampido, como el de escape de un coche.

Luego los dos cuerpos se derrumbaron en el suelo.

Morgan cayó sobre la muñeca de Chad y éste tuvo que soltar el arma para evitar que se la fracturase.

Clay sabía que estaba en inferioridad, que aquel individuo acabaría con él sin necesidad de utilizar el arma.

Vio ante sus ojos la pistola y la tomó por la culata, abatiéndola sobre la cara de Endicott.

Oyó el ruido que producía el acero al golpear contra la frente de Chad y por allí salió un chorro de sangre.

Clay levantó el arma y golpeó otra vez, ahora junto a la oreja.

Sintió cómo el cuerpo de Endicott se relajaba.

Clay se concedió un descanso mientras estudiaba la situación.

No; no iba a ganar nada con avisar a la policía.

Al parecer, Alice había informado a los «polis» y no había servido para nada, como lo probaba el hecho de que aquel hombre se hubiese introducido en su habitación.

Eso quería decir que Alice también estaba en peligro.

Corrió dando tumbos hasta la mesilla de noche donde descansaba el teléfono y atrapó el auricular.

—Señorita...

—Diga...

—Quiero hablar con la habitación doscientos cuarenta y dos.

Transcurrieron unos segundos y luego oyó la voz de la telefonista.

—La habitación doscientos cuarenta y dos está vacía.

—Oh, no, señorita, debe haber una confusión. En esa habitación se encuentra una mujer accidentada. Su nombre es Alice Pitman.

—La señorita Pitman abandonó ya el hospital.

—¿Qué lo abandonó? ¿Adónde ha ido?

—Fue trasladada al sanatorio de enfermedades mentales de San Vicente, en Colmand Hill.

—¿Quién aconsejó ese traslado?

—Espere un momento.

Morgan sentía que la ira le anudaba las tripas.

Al fin oyó otra vez la voz de la telefonista.

—Doctor Curley, psiquiatra de la policía.

—Gracias, señorita.

Morgan colgó.

Había pensado llamar a la policía, pero ahora desechó tal idea. Alice había sido llevada a aquel sanatorio precisamente a instancias del psiquiatra del Departamento. Sí, había oído hablar muchas veces de las relaciones de los grandes *gangs* con los políticos y policías de las ciudades. Sólo gracias a esta convivencia era posible el crimen a gran escala.

Ya no podía fiarse de nadie. Lo tendría que hacer solo. Pero tenía una pistola.

El verdugo que le habían enviado continuaba sin sentido.

Puso en práctica inmediatamente su idea.

En cinco minutos cambió sus ropas con las de Chad. Le venían casi a la medida porque él y el rubio eran casi de la misma talla.

Chad Endicott había dejado ya de sangrar y empezaba a recuperar el conocimiento.

Clay lo metió en la cama y tomando una sábana lo amordazó trabándole manos y piernas. Convertido en un paquete no haría daño a nadie, al menos durante un rato.

Se echó el sombrero sobre la cara y subiéndose el cuello de la gabardina. Su mano derecha apretaba la pistola que guardaba en el

bolsillo.

Salió de la habitación.

En el corredor no había nadie.

Le resultó fácil salir del hospital.

CAPÍTULO XIII

El camión aprovisionador de carne llegó ante la verja que rodeaba el hospital de San Vicente para enfermos mentales.

El conductor, Tip Ryan, hizo sonar el claxon.

—¿Dónde se habrá metido ese estúpido de Steve?

Jeff Allen, su ayudante, abrió la portezuela de su lado.

—¡Eh, Steve! ¡Abre de una vez, tenemos prisa!

Se oyó una voz gruñona.

—Esperad un momento, muchachos. ¿Quién os creéis que soy?

Se oyeron pasos y por un lado de la verja apareció Steve Wycombe, el portero, un hombre alto, de cara ancha. Sus brazos y piernas eran muy fuertes, el tórax amplio.

Había sido luchador de *catch*.

Miró el camión que estaba a la otra parte y escupió un salivazo a la tierra.

—Me dais demasiado trabajo.

Tip Ryan apretó los maxilares.

—De buena gana daba media vuelta y regresaba a la ciudad.

—¿Por qué no lo haces?

—Porque no quiero quedarme sin empleo. Tengo cuatro bocas que alimentar en casa. Abre de una vez, maldita sea.

Steve Wycombe sacó la llave del bolsillo de la cazadora de cuero y la hizo girar en la cerradura.

Abrió la puerta y entonces Tip Ryan puso en marcha el motor y el camión penetró por el hueco encaminándose hacia el edificio que había al fondo.

Llegaron a la parte trasera y Tip Ryan y Jeff Allen saltaron de la cabina.

Una mujer de bata blanca se asomó por una puerta.

—Hoy llegan con retraso.

—Deje de refunfuñar, señora Smith —contestó Tip Ryan e hizo una señal a Jeff.

Su ayudante caminó hacia la parte trasera del camión y abrió la gran puerta.

Pasó dentro junto a la carne congelada que colgaba de los garfios y se detuvo en un rincón.

—¿Se ha helado, amigo?

—Tengo las manos congeladas —le contestó Clay. Morgan.

—Aguante otro poco. Cuando baje por segunda vez, eche a correr.

—Gracias, compañero.

—Lo valen los cien dólares. Pero recuérdelo, si se arma algún jaleo yo no sé nada.

—No te preocupes.

Jeff Allen salió llevando sobre sus espaldas una ternera.

Al cabo de un rato regresó.

—Ahora, amigo. El jefe está echando un vistazo al motor. Siempre hace lo mismo.

Clay salió del rincón con las manos metidas bajo las axilas, apretándolas fuertemente.

Su cara estaba pálida.

—Necesitaré un buen rato de ejercicio para desentumecer los músculos.

Jeff Allen emitió un gruñido por toda respuesta. Cargó otra ternera y descendió del coche.

Clay fue tras él.

—Hágase humo por la izquierda —dijo Allen.

Clay corrió hacia la esquina y saltó un seto del jardín quedando acuclillado junto a la pared.

Daba diente con diente porque el frío se le había metido en los huesos.

Sólo había permanecido en el frigorífico unos diez minutos, pero, si aquel viaje hubiese durado un poco más, lo hubiesen encontrado tan tieso como una ternera.

Miró a sus espaldas y vio una terraza donde habían sillas extensibles y un par de mesas. A la derecha, cerca de una puerta, descubrió dos camas, pero ninguna de ellas estaba ocupada. Al

parecer, aquel establecimiento era de mucha categoría, sólo apto para bolsillos con billetes de a mil.

Ya estaba oscureciendo, pero no podía esperar a que se hiciese completamente de noche.

Se deslizó por junto a la pared y ganó la terraza.

La puerta estaba cerrada.

Asomó la cabeza por la ventana y vio un largo corredor con puertas a los lados. De pronto una de éstas se abrió y Clay oyó pasos que se acercaban a la terraza.

Buscó un escondite y sólo encontró las camas.

Rápidamente se metió en una de ellas y se cubrió hasta el cuello.

La puerta de la terraza se abrió y una enfermera salió al exterior.

Clay había inclinado la cabeza al otro lado para que no lo pudiesen ver.

Sintió cómo la enfermera se quedaba quieta, indudablemente observándolo. Luego oyó sus pasos que se dirigían a la otra puerta. Finalmente regresó junto a la puerta, abrió ésta y entró en el edificio.

Morgan dio un suspiro de alivio.

Se asombró al ver que estaba sudando por todos los poros. Bueno, aquel encuentro había servido al menos para que se calentase.

Saltó de la cama y se dirigió resueltamente hacia la puerta que había utilizado la enfermera. Ahora en el corredor no había nadie. Cruzó éste sigilosamente.

No, no sabía dónde se encontraba Alice Pitman. Eso era lo primero que tenía que averiguar.

Oyó pasos otra vez por el corredor y corrió hacia la escalera.

Bajó dos peldaños, se detuvo y asomó la cabeza poco a poco. Una enfermera estaba abriendo un armario empotrado en la pared. Desposeyóse de su bata, se puso un sombrero, tomó un bolso y cerró la puerta del armario. Luego dobló por el mismo lado del corredor que había llegado.

Clay Morgan corrió hacia el armario, buscó en los bolsillos de la chaqueta de Chad y encontró lo que buscaba, un cortauñas. Lo abrió rápidamente y se puso a su trabajo.

Al cabo de dos minutos, había hecho saltar la cerradura. Abrió arrojando la gabardina al interior. Allí había una bata que le podía

servir, aunque no fuese de su medida.

Pasó la pistola del bolsillo de la chaqueta al de la bata y dejó allí la mano.

Siguió el camino que había visto emprender a la enfermera que se había cambiado de ropa.

Cuando llevaba recorridas diez yardas del largo corredor se abrió una puerta a sus espaldas.

Volvióse a medias, con la cabeza gacha, como si tuviese tortícolis.

—Venga aquí, enfermero.

Vio a un hombre viejo que defendía sus ojos con lentes de carey.

—El teléfono de esta habitación no funciona. Por favor, comuníquelo a la dirección. —Sí, señor.

—No se olvide.

—Ahora mismo me ocupo de ello.

Morgan fue a seguir su camino.

—Eh, espere un momento.

Clay se detuvo apretando con más fuerza la culata del arma.

—Me gusta que me miren cuando hablo a un subordinado. ¿Es que no sabe quién soy yo?

—Perdone, pero soy nuevo. Hoy es mi primer día de trabajo.

—Pues será mejor que lo recuerde en lo sucesivo. Soy el doctor Steel, ¿lo entiende?

Doctor Steel.

—Sí, doctor Steel.

—¿Cuál es su nombre?

—Harry Hagberd.

—Muy bien, Harry. ¿A qué sala ha sido destinado?

Clay apuntó con el dedo hacia abajo.

—La segunda, ¿eh? —rezongó el doctor Steel—. Está con el doctor Cock.

—Sí, doctor.

—¿De dónde procede usted?

—Del hospital de Bella Vista.

El doctor Steel sonrió.

—¿De modo que viene de allí?

—Sí, señor, estuve trabajando hasta hoy.

—Magnífico, buena gente aquélla. Antes de marcharme hablaré

con el doctor Cock para que lo destinen a mi sala. Sepa que he prestado mis servicios durante cuatro años en el hospital de Bella Vista, aunque no lo recuerdo a usted...

—Estaba en la sala de enfermedades contagiosas.

—¿De veras? Eso quiere decir que es usted un hombre de valor. Me alegra que esté aquí, Harry... Sí, ahora mismo hablaré con el doctor Cock.

—Gracias, doctor Steel.

Clay apresuró el paso y cuando dobló por la próxima sala gruñó por lo bajo. Si el doctor Steel hablaba con el doctor Cock acerca de un enfermero llamado Harry Hagberd, se iba a armar el lío antes de tiempo. Debería obrar con rapidez antes de que se le complicasen más las cosas.

Bajó por una escalera y casi se dio de bruces con una enfermera de busto prieto, alto, ojos grandes y boca radiante.

—Caramba, por poco me tiras.

—Hola, nena, precisamente iba a la dirección, pero tú me sacarás del apuro.

La joven frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—Busco la habitación de una paciente, Alice Pitman. Ingresó hoy. Resulta que ella y yo fuimos compañeros de niños.

La joven se mordió el labio inferior.

—¿Alice Pitman...? Oh, sí, está en la tercera sala —la enfermera estaba señalando con el dedo hacia el techo.

—¿Habitación?

—No lo sé, pregúntalo en la dirección. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Llegué hace un rato.

—Bueno, tengo prisa, el doctor Steel me está esperando.

—Oye, ¿qué doctor atiende a la señorita Pitman?

—El doctor Curley.

—¿Podría hablar con él?

—Hace un rato vi que subía en el ascensor. Probablemente lo encontrarás en la habitación de esa amiga tuya.

—Gracias, nena.

La joven le dedicó una sonrisa.

—Liz, llámame Liz.

—Harry.

—Encantada, Harry —dijo ella y le tendió la mano.

Clay cambió un apretón y fue a separarse, pero ella lo retuvo a su lado, diciendo:

—Tengo mi hora libre de once a doce. Siempre me voy arriba a la biblioteca. No hay nadie y es la mejor hora para... —entornó los ojos, para leer.

—Sí, yo también soy muy aficionado a la lectura —comentó Clay.

—Arriba hay unos libros estupendos.

—Iré luego a echar un vistazo a esos tomos —dijo Morgan mirando a la parte más elevada de ella.

La joven sonrió mostrando una blanca dentadura y comenzó a descender por la escalera.

Morgan se quedó quieto, rascándose el cogote.

—La de planes que le pueden salir a uno en una casa de locos —murmuró por lo bajo.

Luego echó a correr subiendo de dos en dos los peldaños.

Arriba sobre la pared leyó: «Segunda sala». Continuó la ascensión y al llegar a la tercera sala se detuvo respirando entrecortadamente.

Vaciló en el camino a seguir ahora. El corredor se bifurcaba. Eligió al azar y tiró por la derecha.

Probó con dos puertas cerciorándose de que estaban cerradas con llave.

De pronto oyó voces por el ala que había al fondo.

Sé deslizó sin hacer ningún ruido hasta llegar a la esquina.

—Bueno, Jim —dijo una voz—. Llegó la hora.

—El doctor está con ella y creo que ya le ha empezado el tratamiento.

—Infiernos, esa chica nos ha complicado un poco la vida.

—Siempre ocurre lo inesperado, pero hemos tenido suerte. Al fin está en nuestras manos y esta vez no irá con el cuento a nadie.

—¿Qué hay del muchacho?

—Se han ocupado de él.

—Eso está bien.

Clay Morgan sacó la pistola del bolsillo y se dejó ver por la esquina.

Uno de los hombres que estaban al fondo, el más gordo, estaba vuelto hacia él y quedó rígido.

El otro, el delgado, se revolvió llevando la mano a la axila, pero, al descubrir el arma que Morgan esgrimía, también quedó inmóvil.

Clay vio los ojos saltones del delgado, su cabello revuelto.

—Hola, Jim —dijo.

—¿Me conoce? ¿Quién es usted?

—Vamos, vamos, Jim —sonrió Clay—. No estamos ahora para bromas... Los dos sabéis quién soy yo.

Jim denegó con la cabeza.

—No sé quién es.

—El muchacho del que alguien se iba a ocupar. Esta ropa no me viene muy bien, pero mi cara es la misma.

—No lo he visto en toda mi vida. Debe ser uno de estos chiflados que hay aquí.

Jim saltó sobre Clay, pero éste le recibió pegándole con el cañón del revólver en la mejilla.

El gordo fue a sacar el arma, pero desistió al ver a su compañero tendido en el suelo.

—Anda, gordito, sácala.

El hombre obeso se mojó el labio inferior.

—¿Qué quiere?

—¿Dónde está Alice Pitman?

—No lo sé.

—No lo sabes, ¿eh? —Morgan curvó el dedo en el gatillo.

El gordito se hizo jalea señalando la última puerta del corredor.

—Allí, está allí...

Clay clavó la puntera del zapato en el hígado de Jim.

—Levanta, chico.

—No puedo.

—Levanta o te saco esa nuez que tienes por cabeza. Jim se puso en pie soltando maldiciones por lo bajo.

—Todos vamos a entrar en esa habitación. Tú primero, Jim. Luego tu compañero. Al que intente algo, juro que le parto la espina dorsal. Y os advierto que tengo muchas ganas de que no obedezcáis.

El gordito sacudió la cabeza.

—Haremos lo que usted quiera.

—Andando, chicos, vamos.

Jim se movió de mala gana hacia la puerta que su compañero había señalado.

—Abre, rápido —ordenó Clay.

Jim abrió la puerta y quiso saltar dentro, pero Clay se lo impidió cargando sobre el gordo.

Un hombre se encontraba junto a la cabecera donde estaba aprisionada Alice Pitman. Era un tipo alto, bien trajeado, de cabello gris y bigote finamente recortado. Con su mano derecha sostenía una hipodérmica que contenía dos centímetros de líquido.

Se quedó en aquella posición mirando hacia la puerta que se acababa de abrir. Alice agrandó los ojos al reconocer a Morgan.

—¡Clay!

—Ya pasó todo, nena.

Los ojos del doctor Curley centellearon iracundos.

—¿Quién es usted?

—La otra víctima, doctor.

CAPÍTULO XIV

—¡Guarde inmediatamente esa pistola! —ordenó el doctor Curley—. Puede afectar a la enferma.

—Oiga, doctor, es usted el tipo más cínico que me he tirado a la cara. Lo que puede afectar a la enferma no es mi pistola, sino esa inyección que tiene usted en la mano.

—La paciente necesita que le inocularé esta inyección.

—No, no es ella quien la necesita, doctor. Usted es un hijo de perra al servicio de otros hijos de perra. Sólo pretende matar a la muchacha y lo habría conseguido si yo no llego a tiempo.

—Es una medicina.

—Muy bien, doctor. Vamos a hacer una prueba. Inocúlesela a Jim.

—¿Qué?

—Ya lo ha oído —dijo Clay y levantó la pistola.

Jim retrocedió hacia la pared.

—No me toque, doctor.

El médico hizo resaltar los músculos de su cara.

—¿Sabe que soy el médico de la policía?

—Sí, bastardo. Lo sé.

—Se está complicando la vida, señor Morgan.

—De modo que sabe quién soy.

—Salga con estos hombres de la habitación y habrá labrado su porvenir.

—¿Qué porvenir, doctor?

—Ya se lo explicarán ellos.

—Arroje con fuerza la hipodérmica. Quiero ver cómo se rompe en pedazos. Vamos, hágalo. Tiene tres segundos para ello.

El doctor arrojó la jeringa y, a pesar de que no lo hizo con

mucha fuerza, se hizo añicos en el piso esparciendo su contenido.

—Deje libre a la muchacha, doctor.

—Le aseguro que...

—Ya estoy harto de usted, Curley. Haga lo que le digo sin pestañear.

Curley se dio mucha prisa ahora en desembarazar a Alice de la camisa de fuerza.

Alice saltó de la cama. Tenía puesto un basto camisón que le cubría hasta el cuello.

—Anda, vístete, nena.

Jim dejó oír su voz amenazadora:

—Se está jugando la vida.

—Empecé a jugármela cuando ayudé a Alice.

—Todavía está a tiempo de retroceder.

—No, Jim. Sólo hay tiempo ahora para liquidar las cuentas.

La joven abrió un armario y, sin quitarse el camisón, empezó a vestirse.

El doctor Curley carraspeó mirando fijamente a Morgan.

—Oiga, Clay, usted debe ser un hombre listo.

—Nunca me he preguntado si lo soy. He tenido que trabajar duro, señor Curley.

—Puedo leerle el horóscopo.

—¿También es aficionado a esas cosas?

—Sí, señor Morgan.

—Entreténgame mientras ella se viste —sonrió el muchacho.

—Su horóscopo dice que si usted obedece nuestras órdenes, será rico.

—No voy a obedecer.

—Entonces leo otra cosa.

—¿Qué es lo que dice mi horóscopo, doctor?

—Que va morir muy pronto.

—Hoy no, yo soy el amo.

—Si no muere hoy, morirá mañana.

—No me diga, doctor.

—Se está sentenciando a sí mismo.

—Tendrá que ser mañana porque ahora yo soy el dueño de la pistola.

El doctor Curley sonrió.

—¿Hasta dónde piensa llegar? Voy a suponer que logre salir de esta casa. Ni usted ni la chica podrán acudir a ninguna parte. Encontrarán todas las puertas cerradas.

—Abriremos las que nos sean precisas.

—No, Morgan. No habrá ninguna en esas condiciones.

—Se equivoca. Todavía hay personas honradas en el mundo. A ellas les interesará mucho lo que Alice y yo vamos a decir.

—¿Qué es lo que van a decir?

—La verdad respecto a Luke Radford.

—¿Luke... Radford?

—Sí, el jefe del poderoso *gang* que supuestamente ha muerto en un accidente de aviación.

Curley se echó a reír.

—¿Qué fábula se le ha ocurrido, señor Morgan?

—Luke Radford no murió en ese avión. Fue otro hombre que viajaba con la falsa identidad del *gángster*.

—Está muy atrasado de noticias, señor Morgan. Luke Radford pereció en el accidente. Ha sido verificado por el FBI. Encontraron dos pruebas de primera categoría, la dentadura postiza de Luke y las huellas dactilares.

¿Lo entiende? Huellas dactilares. El hombre que murió en ese avión era Radford.

—Nosotros somos menos crédulos que el FBI.

—Nadie puede afirmar que el hombre que ha sido identificado como Luke Radford puede ser otra persona. Ande, vaya a las redacciones de los diarios de Nueva York y conviértase en un payaso si ése es su deseo.

—Usted mismo se contradice, doctor. Le acabo de contar la única historia que nosotros podemos alegar. Si tuviesen la conciencia tranquila, no habrían dispuesto las cosas en la forma que lo han hecho. Pagaron a un asesino profesional para que me visitase en el hospital de Bella Vista, secuestraron a Alice Pitman en aquel mismo establecimiento para traerla aquí y ahora se disponía a inocularle una inyección que la hubiera enviado al otro mundo.

La sangre había huido de la cara del psiquiatra.

—No le puedo explicar ciertas cosas, señor Morgan. Le debe bastar con eso.

—No, doctor. Yo soy una persona muy curiosa, especialmente

ahora que me he visto envuelto en un asunto que me ha podido costar la vida. Por eso quiero que me acompañe.

—¿Acompañarle adónde?

—Al lugar donde se encuentra Luke Radford.

—Sólo está diciendo tonterías.

—Anímese, doctor. Va a aportar su granito de arena. Quizá le sirva para ponerse en paz con la humanidad.

Alice dijo:

—Ya estoy preparada.

Clay movió la pistola en abanico, abarcando al gordito y a Jim.

—Bueno, muchachos. Llegó vuestra hora.

El rollizo tragó saliva.

—¿Qué va a hacer?

—Ponerlos de espaldas junto a la pared, las manos en la cabeza.

Los dos *gangsters* obedecieron.

Clay hizo una señal a Alice alargándole la pistola.

—Pon la mano en el disparador y apriétalo si ves que se mueven. Voy a despojarles de las armas.

Alice tomó la pistola y entonces Clay se dirigió a donde estaban los dos prisioneros contra la pared. Metió la mano en la axila de Jim apoderándose de su arma, una reluciente «Luger».

Jim quiso aprovechar su oportunidad y giró disparando la pierna derecha contra el bajo vientre de Clay.

Alice lanzó un grito, pero no se atrevió a apretar el gatillo.

Morgan burló el golpe, saltando a un lado, y dejándose llevar por su impulso, estrelló la culata del revólver en la boca de Jim, quien se desplomó en el suelo y se puso a escupir sangre y dientes.

El gordito se le echó encima, pero Clay estaba atento y lo recibió pegándole un soberbio culatazo entre las cejas.

El *gángster* puso los ojos en blanco y cayó sobre el piso quedando con brazos y piernas en cruz.

Clay remató su faena percutiendo el cráneo de Jim, quien también perdió el conocimiento.

Entonces le quitó la pistola guardándola en el bolsillo.

Durante los diez segundos que había durado la pelea, el doctor Curley había permanecido inmóvil.

—Salga, doctor.

Curley, cuya cara se había perlado de sudor, salió de la estancia

seguido de Alice y Clay.

—La buena dirección, doctor —dijo Morgan.

Curley sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la frente.

Echó a andar cansadamente por el corredor, yendo hasta el extremo opuesto a la habitación de la que habían salido.

Señaló la puerta número doscientos cuarenta y siete.

—Por favor, señor Morgan, llame usted.

—Es su turno, doctor.

—Déjeme escapar, por lo que más quiera.

—Abra.

Curley apretó las manos sobre el pecho en actitud implorante.

—Ellos me matarán, Morgan.

—Antes de dar su consentimiento a esta repugnante confabulación debió prever el peligro en que se podía encontrar. Usted ha de correr su riesgo.

Curley puso la mano en el tirador y abrió.

Clay saltó hacia el hueco y pudo observar el interior de la estancia porque Curley se apartó intuitivamente.

En el cuarto sólo había dos personas, el paciente que había en la cama y una enfermera que estaba sentada en una silla.

Ella era una rubia de busto espléndido, rostro muy bello y ojos grandes, rasgados, de color verde mar.

El enfermo tenía la cabeza completamente vendada. Sólo le habían dejado dos orificios a la altura de su nariz para que pudiera respirar.

—Entre, Curley —ordenó Morgan—. No podemos estar aquí.

Curley entró en la estancia y a continuación lo hicieron los dos jóvenes siendo Alice la encargada de cerrar la puerta.

La rubia había abierto unos ojos como platos observando la pistola que Clay esgrimía.

—Está prohibido entrar aquí —dijo con ingenuidad.

Curley se apoyó en la pared porque las piernas se negaban a sostenerle. Clay señaló al paciente con la pistola.

—¿Quién es, señorita?

—John Brown.

El hombre que estaba en la cama se movió.

—¿Quién hay ahí, señorita Mason? —Su voz sonó hueca a través

de la venda.

—Soy Clay Morgan, señor Brown.

—No conozco a ningún Clay Morgan.

—Le diré otro nombre, el de la mujer que me acompaña: Alice Pitman.

—Tampoco la conozco.

Alice se acercó a la cama.

—Ya que estamos jugando a los nombres, le diré una cosa: usted no es John Brown.

—¿No?

—Pero yo conozco su verdadera identidad. Usted es Luke Radford.

—¿Qué está diciendo? Maldita sea, si pudiera levantarme de aquí..., pero estoy muy enfermo..., muy enfermo...

—No hace falta que disimule, señor Radford —repuso Alice—. Usted no está enfermo.

Sólo está representando una comedia.

—Señorita Mason —exclamó el paciente.

—Diga, señor Brown —repuso la enfermera.

—Llame inmediatamente a la Dirección. Ordene salir a estas personas de aquí. ¿O es que han dado suelta a los locos?

—Lo siento, señor Brown, pero no puedo hacer nada.

—¿Por qué no puede hacer nada?

—El señor Morgan tiene una pistola.

El paciente se levantó poco a poco, hasta quedar sentado sobre el lecho.

—Morgan.

—Aquí me tiene.

—Guarde esa pistola.

—No, señor Brown, o como quiera que se llame. No puedo guardar esta pistola porque me va a servir para que ustedes me acompañen.

—¿Adónde?

—Fuera del hospital. Nos llegaremos a Nueva York y allí les entregaré a la policía.

—¿Qué está diciendo?

—Ya lo ha oído. Usted se viene conmigo. Enfermera, ayúdele a vestirse.

El hombre de la cara vendada dejó escapar un rugido.

—Está bien, Morgan. Lo ha conseguido.

—¿Qué es lo que he conseguido?

—Le pagaré diez mil dólares.

—Qué generoso.

—Podrá repartirlos entre usted y su amiga.

—¿Y qué hemos de hacer a cambio de esos diez mil dólares, señor Brown?

—Sólo tienen que escapar de aquí.

—Dejarle en paz, ¿verdad, señor Brown? Eso es lo que usted quiere decir, que lo dejemos en paz.

Alice saltó.

—No lo consentiremos, señor Radford. Soy de la misma opinión que Morgan. Lo entregaremos a la policía.

—¿Por qué, señorita Pitman?

—Usted ordenó la muerte de aquel hombre en el campamento de Judy Austin.

—¿Por qué cree que les doy los diez mil dólares? Acostumbro a pagar siempre lo que compro.

—No podrá comprar nuestro silencio, señor Radford.

—Le he dicho que no soy Radford.

Clay sacudió la cabeza.

—Está diciendo la verdad, Alice. El no es Radford.

—¿Qué dices, Clay?

—Ahora lo he comprendido todo. Luke Radford murió en el accidente de aviación. Pero estuviste a punto de acertar, porque este tipo que dice llamarse John Brown va a ocupar el puesto de Luke Radford.

—No te entiendo.

—Sólo tienes que recordar que el hombre de las gafas oscuras que trató de penetrar en tu *bungalow* para matarte se parecía mucho a Luke Radford.

—Es cierto.

—Pues ahí le tienes. Se trata, efectivamente, de una confabulación. Luke Radford se había convertido en una carga para la organización, puesto que después de cumplir su condena iba a ser deportado. Pero Radford quería seguir siendo el jefe de su sindicato. Probablemente sus lugartenientes no tenían la misma opinión que

Radford. Ellos no querían un jefe lejos del país, en Italia, o es posible que sus lugartenientes hayan obrado impulsados por la ambición. Sí; quizá pensaron colocar un títere en el lugar de Radford. Lo cierto es que Radford murió porque alguien sabotó el avión en que viajaba. Este hombre, a quien seguiremos llamando Brown porque no conocemos su verdadero nombre, estaba en el campamento de Judy e indudablemente iba a ser sometido a una operación para quitarle un poco de su enorme parecido con Radford, ya que sólo de esa forma podría permanecer en el país. Sólo habían visto su cara como supuesto Radford las personas más allegadas a la banda. Esa reunión con los jerifaltes debió celebrarse justamente antes de que aparecieses por el campamento de Judy Austin, y estoy dispuesto a apostar que era en la oficina del motel donde el falso Radford iba a ser sometido a la operación, pero tú lo impediste con tu presencia, Judy.

El hombre que decía llamarse Brown sacudió la cabeza.

—Está bien, Morgan, usted gana, tiene razón. No soy Luke Radford, ni tampoco John Brown. Me llamo Adams Wolfe.

—¿Quién era el tipo al que mataron?

—Joe Albin, un bastardo que estaba de parte de Radford, y que se enteró a última hora de nuestro plan.

—¿A qué se dedicaba usted antes de meterse en este jaleo, Wolfe?

—Contrabandeaba en el Caribe. Uno de los lugartenientes de Radford, Thunder Quill, me conoció en Tampico. Fue a él a quien se le ocurrió la idea de matar a Radford y hacerme ocupar a mí su lugar.

—Muy bien, Wolfe. Todo eso lo repetirá ante la policía de Nueva York.

—No diga tonterías, Morgan. Ahora cobrará los diez mil dólares y se acabó.

—No, no se acabará hasta que ustedes estén en la celda que les corresponde.

De repente se abrió una puerta y una voz dijo:

—Tengo una metralleta en la mano, Morgan, y en el corredor han quedado otros tres hombres. Suelte esa pistola o la primera rociada es para la chica.

CAPÍTULO XV

Clay se dio la vuelta bajando el cañón de la pistola.

No conocía al hombre que portaba la metralleta. Era un tipo de nariz aguileña y boca ancha.

—¿Por qué fallaste, Paul?

—No fui yo quien falló, sino ese estúpido de Chad Endicott.

—Muy bien. Llevároslos y rectificar.

—Andando, Morgan, pero antes suelte esa pistola —ordenó Paul.

Clay hizo un gesto afirmativo y echó a andar, pero no había soltado todavía el arma. Sólo pretendía apartarse de Alice.

Antes de que Paul se pudiese dar cuenta de lo que iba a hacer, Clay saltó hacia la cama, apretando el gatillo de la pistola.

Paul recibió el balazo en el pecho, pero aún tuvo fuerzas para enviar una ráfaga. Las balas picotearon salvajemente en la pared y en el blando pecho de Wolfe, el hombre que iba a suplantar a Luke Radford.

Paul salió escupido por la puerta, dejando caer la metralleta.

—¡Al suelo, Alice! —gritó Clay.

La joven se dejó caer sobre la enfermera.

Se oyeron pasos en el corredor y dos hombres aparecieron en el hueco de la puerta con pistolas.

Pero Clay estaba disparando otra vez.

Uno de los fulanos recibió una bala en el ojo.

El otro la paró con el estómago.

De repente se oyó una voz por el corredor.

—Quieto, amigo, y ustedes los de la habitación dejen de disparar. Soy el sargento Shannon, de la policía de *Spray City*.

—Y yo soy Rock Hudson —contestó Clay—. No asome la cabeza, sargento, o se la vuelo. Estoy ya harto de policías incrédulos.

—Oiga, Morgan, usted se acaba de cargar a mi superior, el teniente Randall. Es el que está en el corredor junto a la puerta, con las manos en el estómago.

—¿Qué más, sargento?

—Me telefonearon del hospital de Bella Vista para decirme que habían encontrado a un extraño tipo en su habitación, un hombre que estaba amordazado y a quien se le había impedido toda libertad de movimientos. Me llegué allí y encontré a Chad Endicott. Lo estreché a preguntas y confesó que alguien le había pagado para que se cargase a usted... Luego fui informado de que Alice Pitman había sido trasladada a instancias del doctor Curley desde el hospital de Bella Vista hasta este lugar. En vista de tales circunstancias, empecé a encontrarlo todo sospechoso, especialmente cuando el teniente me había dicho que me apartase por completo de este asunto. Bueno, ¿para qué seguir contando?

Me dije que por una vez en mi vida iba a desobedecer una orden y decidí llegarme aquí.

¿Está conforme con mi cuento?

—Sí, sargento. Creo que sí. Puede pasar.

El sargento avanzó por el corredor e hizo entrar en la habitación a uno de los hombres que había capturado.

—Caramba, Morgan, creo que ha hecho una buena caza. Este tipo que ha quedado vivo es Duke Manison, uno de los jerifaltes del *gang*. ¿Cuál de ellos es Luke Radford?

—Lo siento, sargento. Alice y yo nos equivocamos en esta parte de la historia. Luke Radford murió en el avión que se dirigía a Los Angeles. Ahora le contaré en qué consistió todo...

Clay Morgan hizo un saludo al hombre que le acababa de llenar el tanque de gasolina.

—Hasta la vista. Ya me demoré bastante en *Spray City*.

Morgan se disponía a subir a la cabina cuando oyó una voz a su espalda:

—¿No se olvida de algo, camionero?

Clay volvió la cabeza y vio a Alice.

Morgan se pasó la mano por la barbilla mientras salía al encuentro de la joven.

—Oye, Alice, he estado pensando mucho en ti.

—Qué coincidencia. Yo también he pensado en ti.

—Verás, pequeña, no sé si voy a conseguir explicarme...

—Inténtalo.

—No soy el marido que te conviene. Soy un camionero, un hombre que se pasa la mayor parte de su vida en la carretera...

—Oh, sí, eso es cierto —repuso ella, y dio un paso hacia él.

—La mayoría de las noches no podré estar en casa —dijo Clay, pasándose un dedo por el cuello de la camisa.

—Confieso que eso es un inconveniente.

—Dos personas que se quieran no pueden estar tanto tiempo separadas.

—No, Clay... —dijo ella, y alzó su cara con los labios entreabiertos.

—Sería absurdo que nos casásemos. —Clay la miró a los ojos.

—Completamente absurdo —asintió Alice.

Clay la estrechó entre sus brazos y la besó fuertemente en la boca.

Así permanecieron un minuto, mientras dos empleados de la estación de servicio les contemplaban con la boca abierta.

Cuando se separaron, ella inquirió:

—¿Podemos casarnos esta noche, Clay?

—Sí, nena. Conozco un sitio a seis millas de aquí donde liquidaremos este asunto.

Alice abrió la cabina y los dos subieron.

Clay puso el motor en marcha.

De pronto oyeron una voz:

—¡Eh, esperen!

Vieron avanzar al sargento Shannon. Tenía algo entre los brazos.

Alice gritó:

—¡«Red»! ¡Es «Red»!

El perro saltó de los brazos del sargento y trepó a las rodillas de Alice.

El sargento gritó:

—¡Vino sólo a la comisaría...! ¡Suerte, muchachos!

Los dos jóvenes hicieron un saludo al sargento y el camión se puso en marcha.

La joven, después de acariciar al perro, miró a Clay. —Oye, Clay —. ¿Sí, dulzura?

—Después que nos hayamos casado, párate en el primer motel

que encuentres en el camino.

—¿Un motel...? Ni hablar, nena. ¡Quiero ser yo el único que a mi noche de bodas le de el suspense!

FIN